

FÓRMULA 300

FÓRMULA 300

LOUIS G. MILK

FÓRMULA 300

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 — BARCELONA
Dr. Julián Álvarez, 151 — BUENOS AIRES

Depósito Legal: B. 42.448 - 69

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - BARCELONA

CAPÍTULO PRIMERO

Con los ojos satisfechos, Joe A. Jennyck contempló la puerta que tenía ante sí y de la que tantas cosas buenas esperaba.

A primera vista, era una puerta como muchas otras, salvo que era de metal —pero también hay muchas puertas de metal—. Estaba situada en un muro de ladrillo vidriado de color gris claro y a ambos lados de la misma había dos pequeñas baterías de cuatro lámparas semiesféricas cada una.

Las lámparas eran de distintos colores. Empezaban en el rojo, pasaban al ámbar y amarillo claro y la última era verde. El color rojo estaba arriba.

Cerca de la puerta, adosado al muro perpendicular al de ladrillo, había un vasto pupitre lleno de instrumentos de medida y teclas y botones de mando. Tras el pupitre, separado del mismo por un sólido muro de cemento, estaba el potente motor que proporcionaba energía al aparato.

Porque la puerta era un aparato y el pupitre el instrumento por el cual se gobernaba la puerta. Al menos, así lo creía el profesor Jennyck.

Era su intentona número 299. El resultado de la 299ª fórmula matemática, obtenida tras algunos años de intenso trabajo... y después de doscientos noventa y ocho fracasos.

Claro que, pensaba Jennyck, sin los apuntes del doctor Lowson, y los años pasados a su lado, no habría podido llegar al punto en que se hallaba. Jennyck era lo suficientemente sensato, y sincero consigo mismo, para reconocerlo así.

Se lamió los labios con la lengua. De pronto, notó una gran sed.

El momento culminante se acercaba. Jennyck estaba seguro de que ahora no habría fallos.

Tenía que resultar. Si fracasaba...

Pero no quería ni pensarlo. Triunfaría.

La máquina funcionaría. Era absurdo pensar siquiera en que podía fracasar.

Lenta y cautamente, sus manos se fueron moviendo por el teclado del pupitre de mando. Finalmente, sólo quedaron dos operaciones por realizar. Una de ellas... La fecha. ¿Qué día, qué mes, qué año?

Pocos días antes y en uno de sus escasos momentos de descanso, había discutido con un amigo suyo, conocido historiador, acerca de determinadas peculiaridades del Imperio Romano.

¿Por qué no preguntárselo a alguien que hubiese vivido en aquella época?, se dijo.

El latín no le era desconocido. Jennyck estaba seguro de entenderse con

cualquier ciudadano romano nacido mil años antes.

Marcó la fecha. Ya sólo quedaba una operación por realizar. Su dedo índice se apoyó sobre una tecla negra, de mayor tamaño que las restantes. Jennyck inspiró con fuerza:

Apretó. La luz roja se encendió de pronto.

Pasaron unos segundos. Se encendieron las dos lámparas ámbar.

Luego, las amarillas.

Jennyck temblaba de emoción.

Contó los segundos mentalmente.

Diez, nueve, ocho, siete... seis, cinco, cuatro, tres dos, uno...

Se encendió la luz verde.

—Ya está —dijo.

Y se acercó a la puerta.

Su mano se posó en el pomo. Vaciló.

Abrió,

* * *

Batir de espadas era un sonido nuevo para él, pero llegó claramente a sus oídos.

Al otro lado de la puerta, oscuridad.

Pero oía claramente el entrechocar de los aceros.

De repente, vio una espalda humana corporeizándose en la oscuridad.

Era la espalda de un legionario romano, que manejaba con ferocidad su espada corta y recta.

Pero su antagonista, todavía no visible, apretaba de lo lindo y le obligaba a retroceder.

El romano llegó al umbral de la puerta. Jennyck vio al otro duelista.

¿Un bárbaro del Norte? ¿Un galo? ¿Un zelote, rebelde judío?

El contrincante del romano se tiró a fondo y hundió su espada hasta la empuñadura. Se oyó un grito espantoso y el romano cayó de espaldas.

Jennyck parpadeó. Aquello no se lo esperaba.

El romano, con la espada clavada en el cuerpo, se retorcía desesperadamente. Mientras, su adversario, un sujeto vestido con pieles y tocado con un casco adornado con dos astas de ciervo, contemplaba perplejo a Jennyck.

De repente, Jennyck pensó que aquel bárbaro podía atacarle a él. Terciado a la espalda por una tira de cuero, llevaba un venablo. No tendría ninguna gracia que el sujeto le arrojase el venablo.

O que usara el puñal que pendía de su cinturón de piel mal curtida. Jennyck reaccionó y cerró de un portazo.

Luego corrió al pupitre y tocó unas cuantas teclas. Las luces verdes

pasaron a amarillas primero, después a ámbar y finalmente a rojo. Luego se apagaron las últimas lámparas.

Jennyck miró al suelo. El legionario romano había muerto.

—¡Vaya compromiso! —masculló disgustadamente.

Entonces entró la señora Davis.

Jennyck era un hombre joven —treinta y cuatro años—, soltero y que vivía solo en la casa que antiguamente había sido del profesor Lowson y por la que pagaba una renta mensual a los herederos del profesor.

En tales condiciones, Jennyck tenía un ama de llaves que se cuidaba de todos los asuntos domésticos. Era una mujer de mediana edad, activa, diligente, limpia y excelente cocinera.

Para Jennyck, una mina.

La señora Davis entró y dijo:

—Profesor, la cena está serv...

El ama de llaves se calló un instante. Luego pegó un chillido que hizo retemblar las paredes.

—¡Señora Davis! —gritó Jennyck—. ¡Que yo no lo he matado!

Pero la mujer no le hizo el menor caso y corrió hacia el teléfono. Jennyck se imaginó lo que iba a hacer.

Vivía en Guildham, una pequeña población, tranquila y con un par de miles de habitantes, lo cual garantizaba la calma. Guildham tenía un cuerpo de policía compuesto por un jefe y dos ayudantes, los cuales se turnaban en el servicio nocturno.

La señora Davis avisaría al jefe McKint. ¿Qué explicaciones le daría cuando llegase?

Había una solución para no dar explicaciones.

Jennyck abrió la puerta y arrastró al interior de la cámara el cadáver del legionario romano. Cerró y corrió al pupitre. Había que reexpedir aquel fiambre a su época.

Acto seguido, corrió al baño y mojó un par de toallas, con las cuales limpió la sangre que había quedado en el suelo. Le extrañó que la señora Davis hubiese callado.

Lo averiguó más tarde, cuando la vio sentada en un diván, con la cabeza a un lado.

La señora Davis se había desmayado.

—Menos mal —dijo Jennyck, a la vez que lanzaba un suspiro de satisfacción.

* * *

El jefe McKint llegó minutos más tarde, a bordo de su coche oficial. Jennyck en persona le abrió la puerta.

—Han telefoneado diciendo que se había cometido un crimen —dijo el policía sin más preámbulos.

Jennyck enarcó las cejas.

—¿Un crimen? —repitió—. ¿A quién han asesinado en esta casa?

—Su ama de llaves dio el aviso. Dijo que había visto a un tipo tirado en el suelo, con un puñal clavado en la tripa.

Jennyck sonrió.

—Me temo que ha perdido el tiempo, jefe —contestó—. Pero no se quede en la puerta. No quisiera que dijera de mí que me niego a colaborar con la ley.

McKint se quitó el sombrero y cruzó el umbral. Era un sujeto bajo, de unos cincuenta años, ojos menudos y aire receloso. Como buen pueblerino, era bastante cazurro, pero no tonto.

La señora Davis continuaba en el diván con la cara tan blanca como el papel.

—Interróguela, jefe —invitó Jennyck.

—Señora Davis...—carraspeó McKint.

El ama de llaves temblaba todavía.

—E... estaba allí... en el laboratorio del profesor... Era... era un romano...

Jennyck sonrió.

—La señora Davis ha sufrido una pesadilla, a mi entender —opinó—. Debió de ver las cosas tan reales en su sueño, que se alarmó y le llamó a usted en pleno estado de sonambulismo.

—¿Es cierto eso, señora? —preguntó McKint.

El ama de llaves vaciló.

—Pues... quizá el profesor tenga razón... Pero es que me pareció tan real...

Jennyck extendió, una mano.

—Acompáñeme, jefe —invitó—. Quiero que vea por usted mismo mi laboratorio y compruebe que allí no hay ningún cadáver de romano.

—¡Hum! —dijo McKint.

Los dos hombres se encaminaron al laboratorio. McKint paseó la mirada por el lugar.

—¿Qué hay en aquella puerta? —preguntó al cabo.

—Nada —contestó Jennyck.

—¿Seguro?

—Seguro.

Jennyck abrió la puerta. McKint miró hacia el corredor que se veía al otro lado de la misma.

—Esto, ¿qué diablos es? —preguntó.

—La cámara de mi máquina de alta física electrónicotemporal.

—¿Qué?

Jennyck sonrió pacientemente.

—Tardaría mucho en explicárselo, jefe. Son experimentos que hago yo... Y no he matado a nadie.

McKint le miró de hito en hito.

—El doctor Lowson despareció hace cinco años —dijo—. Usted trabajaba con él.

—Se le dio por muerto oficialmente, en vista de que las pesquisas policiales realizadas no dieron ningún resultado.

—Lo sé. Pero el cuerpo del doctor no apareció jamás.

—Solía ir a bañarse al río. Le gustaba mucho. Tal vez se ahogó.

—¿Qué me dice de sus ropas?

Jennyck se encogió de hombros.

—Pudo resbalar antes de empezar a desvestirse —contestó—. En todo caso, hay un dato muy importante.

—¿Sí, profesor?

—Yo estaba de vacaciones en aquella época. El día en que el doctor salió de casa y ya no volvió más, yo me encontraba en Roma. Comí con el primer secretario de nuestra embajada, el cual lo corroboró cuando fue interrogado en regla, dadas las circunstancias.

—Una coartada irrefutable, profesor.

Jennyck se inclinó.

—Exactamente, señor McKint —contestó.

* * *

Jennyck estaba sentado frente a la puerta, teniendo a su izquierda el pupitre de control. Tenía un lápiz en la mano y se golpeaba los dientes con el cabo.

Miraba a la puerta fijamente, con obsesión.

La máquina funcionaba. Ahora ya no cabía la menor duda de que era así.

Había visto a dos hombres nacidos veinte siglos antes. Un legionario romano y un bárbaro, probablemente un germano.

El soldado romano debía de pertenecer a las legiones que guarnecían el Rhin. De una forma u otra, siempre había escaramuzas con las tribus nativas.

Pero, ¿por qué no había traído a un pretoriano? Un soldado de los de la guardia del Emperador habría sido lo ideal... ¿Por qué, precisamente, un legionario de los destacados en la frontera del Rhin?

De pronto se enderezó en el sillón giratorio.

—Me parece que falta algo... —murmuró.

Y en aquel momento, entró la señora Davis.

—¿Profesor?

Jennyck se volvió.

—Dígame, señora Davis.

—Tiene una visita.

—Estoy ocupado, señora Davis —contestó el científico malhumoradamente.

—Lo siento, señor. Ella dice que es muy urgente.

—¿Ella? ¿Una mujer?

—Sí, la señorita Balms. ¿Qué le contesto, profesor?

Jennyck lanzó un suspiro de resignación.

—Está bien —contestó.

Abandonó el laboratorio y se dirigió a la sala. Al entrar en la estancia, vio a una mujer de espaldas a él, mirando el paisaje a través de la ventana.

Jennyck tosió discretamente.

—¡Hem...! ¿Señorita...?

Ella giró en redondo. Era una muchacha de unos veintitrés o veinticuatro años, de mediana estatura, pelo castaño y ojos oscuros. Jennyck observó que la joven poseía una silueta sin un solo defecto.

—Soy el profesor Jennyck —se presentó.

—Me llamo Rhoda Balms, profesor —dijo la chica.

—Es un placer, señorita Balms —contestó él, a la vez que extendía una mano—. Siéntese, se lo ruego.

Rhoda hizo un gesto con la cabeza.

—No hace falta, profesor, muchas gracias. Voy a ser breve —manifestó.

—Cosa que le agradeceré en el alma. Estaba muy ocupado y sólo he accedido a recibirla, debido a su insistencia en verme.

Rhoda hizo un gesto con la cabeza, en señal de agradecimiento. Luego dijo:

—¿Ha oído hablar alguna vez de Perry Balms, profesor?

—Confieso que no, señorita. ¿Su padre, quizá?

—Sí. Estaba casado con la única hija del doctor Lowson, de cuyo matrimonio nací yo.

—Por tanto, es usted la nieta del doctor Lowson —dijo Jennyck, pasmado.

—En efecto, profesor.

Jennyck esbozó una sonrisa.

—Confieso que no lo sabía. El doctor me dijo que tenía una hija casada, pero nunca fue muy explícito al respecto. Yo tengo la casa alquilada, como sin duda sabrá usted, pero debo añadir que nunca me preocupé por conocer a los herederos del doctor. Mi banco se encarga de abonar la renta...

—Lo sé —dijo Rhoda—. Y ahora, sin duda, se preguntará usted por qué estoy yo aquí.

—Me gustaría conocer los motivos, en efecto —admitió Jennyck.

—Voy a decírselo, profesor. Hace cinco años, mi padre desapareció misteriosamente. Se le ha dado por muerto.

—Lo mismo que a su abuelo.

—Sí. Pero el caso de mi padre es algo distinto. Durante años, hemos estado haciendo investigaciones mi madre y yo, encomendadas a una agencia, por supuesto. El último rastro conocido de mi padre conduce precisamente a esta casa y desde que llegó aquí todas sus huellas desaparecen en absoluto.

* * *

Jennyck se quedó con la boca abierta.

—¿Su... padre también desaparecido?

—Sí, profesor.

—Entonces, usted ha venido...

—Justamente a lo que está pensando —dijo Rhoda con voz firme—. No sólo desapareció mi padre, sino también mi abuelo, y tanto mi madre como yo queremos conocer la verdad de una vez, sea cual fuere. No podemos continuar viviendo más en este estado de incertidumbre.

—Comprendo, señorita. Sin embargo, lamento no poder aportar nuevos datos a los que ustedes ya conocen. Para mí también resultó inexplicable la desaparición del doctor Lowson.

Rhoda le dirigió una mirada recelosa, que Jennyck captó en el acto.

—No me mire así —dijo—. Yo estaba en Roma cuando se produjo la desaparición. Es algo comprobado de manera irrefutable.

—No he tratado de culparle de esas desapariciones, profesor. Lo que quiero es saber la verdad.

—Un deseo muy lógico —admitió Jennyck—. Pero debo añadir que ignoraba por completo la desaparición de su padre. Nadie me habló de ello a mi regreso de Europa.

Rhoda se mordió los labios.

—Mi padre venía alguna vez a visitar a mi abuelo. Usted trabajaba con él, es decir, con mi abuelo. Resulta extraño que no viera a mi padre.

—Debemos puntualizar las cosas, señorita. Yo vi a su padre, en efecto, en un par de ocasiones, pero aparte de que sus visitas no eran muy frecuentes, hubo veces en que no debimos de coincidir.

—Mi abuelo era viudo —dijo Rhoda—. ¿Quién cuidaba la casa entonces?

—Pues...—Jennyck sonrió—. Iba a decir la señora Davis, pero no es

cierto. Su abuelo tenía otra ama de llaves. Cuando yo volví, ya se había despedido.

—¿Vive en Guildham?

—Creo que sí, señorita Balms.

—¿Podría decirme su nombre, por favor?

—Sí, claro. Era... se llamaba Hannah Troy. Soy un poco retraído y no tengo demasiadas amistades en el pueblo, por eso no puedo decirle dónde vive.

—Comprendo. —Rhoda esbozó una Sonrisa—. Es probable que Hannah Troy pueda decirme algo al respecto.

—Indudablemente —convino Jennyck con una sonrisa.

Rhoda recogió su bolso.

—Usted está muy ocupado —dijo—. Le ruego me perdone el tiempo que le he hecho perder.

—De ninguna manera, señorita. Ha sido un placer —aseguró Jennyck.

La chica se dirigió hacia la puerta. Jennyck se apresuró a abrirla.

—Téngame al corriente de sus pesquisas —rogó.

—Se lo prometo, profesor.

Rhoda hizo una gentil inclinación de cabeza y salió al jardín. Apoyado en una jamba, de la puerta, Jennyck contempló alejarse a la muchacha.

Una figura perfecta, sí, señor, pensó. Y muy bien vestida. Elegante, sin estridencias, pero sabiendo aprovechar hasta el último centímetro de los trapitos que componían su indumentaria.

Al cabo de unos instantes, volvió a la casa.

—Señora Davis —llamó.

El ama de llaves apareció en el acto.

—¿Profesor?

—Usted lleva cinco años conmigo, ¿no es cierto?

—Sí, profesor.

—¿Ha hablado alguna vez con la anterior ama de llaves? Se llama Hannah Troy...

La señora Davis hizo un fruncimiento de cejas.

—La conozco —declaró—. Es una mujer antipática y poco comunicativa. Algunas veces la he visto en la tienda de comestibles y he intentado entablar conversación con ella, pero siempre se ha mostrado reticente y poco amistosa. No creo que yo la haya podido ofender en alguna cosa.

—Quizá se sienta resentida por no ocupar conmigo el mismo cargo que con el doctor Lowson.

El ama de llaves alzó los hombros.

—Yo no tengo la culpa —contestó desdeñosamente.

—Por supuesto que no —convino Jennyck con una sonrisa.

La señora Davis carraspeó.

—¡Ejem! Profesor, yo...

—¿Sí? ¿Le ocurre algo? —preguntó Jennyck cortésmente.

—Quería pedirle perdón... por lo sucedido anoche... Me siento terriblemente avergonzada... Mira que llamar a la policía para denunciar el asesinato de un legionario romano... No sospechará que yo me doy a la bebida, profesor.

—Por supuesto que no —sonrió Jennyck—. Ya lo dije anoche. Una pesadilla, señora Davis. Usted me anunció la cena y yo me retrasé. Se sentó en el diván a esperarme... y se durmió eso es todo.

Una ancha sonrisa se formó en los labios del ama de llaves.

—Gracias, profesor, gracias —dijo sinceramente—. Con su permiso, profesor.

—Sí, señora Davis.

La mujer se alejó, meneando la cabeza.

—¡Un legionario romano muerto! —murmuró—. Sólo a mí se me podía ocurrir una estupidez semejante...

Atardecía ya. Jennyck, lentamente, se dirigió hacia el laboratorio.

A lo lejos, en el pueblo, sonó un tiro.

Jennyck se detuvo un instante.

Sonrió.

—Es el viejo Jeremías Pickett, que dispara contra las urracas que se le comen la fruta de su huerto —dijo divertidamente.

Entró en el laboratorio y se dirigió a un armario, cuyas puertas abrió simultáneamente.

—Un legionario romano —murmuró—. No, no era ninguna pesadilla.

Había sido algo real y tangible. Y Jennyck tenía allí la prueba de la efectividad de su máquina.

La espada del legionario, el *gladium* clásico de los soldados que habían conquistado un imperio, desde las Columnas de Hércules hasta el lugar por donde salía el sol.

El arma se había desprendido de los dedos del moribundo al ser herido por su adversario. La espada del germano había quedado clavada en el pecho del soldado y desaparecido luego con éste al invertir Jennyck el proceso de traslación.

Cerró lentamente el armario. Una idea, no concretada del todo, bullía en su mente.

De súbito, se decidió. Buscó por los cajones hasta encontrar una navaja afilada y regresó al armario. Lo abrió y empezó a manipular en la espada.

El mango del arma tenía unas cachas de madera, ya pulida y sobada por el uso. Jennyck sacó una astilla y la guardó con infinito cuidado.

A lo lejos oyó un par de tiros.

—¡Vaya! —murmuró—. Cualquiera diría que estamos en un poblado fronterizo del Salvaje Oeste.

CAPÍTULO II

Estaba terminando de cenar, cuando sonó el teléfono.

La señora Davis levantó el aparato y escuchó un instante. Luego dijo:

—Le llaman, profesor.

—¿Quién es, señora Davis?

—Pete McKint, el jefe de policía.

Jennyck frunció el ceño.

—¿Qué diablos le pasará ahora? —masculló.

Abandonó la mesa y cogió el aparato. Su cara expresó sorpresa al escuchar las noticias que le daba McKint.

—Está bien, jefe; ahora mismo iré a su despacho. Por supuesto, garantizo a la señorita Balms.

Volvió el aparato a la horquilla y miró al ama de llaves.

—Prepare la habitación de los huéspedes —dijo—. La señorita Balms vendrá a dormir aquí esta noche.

—Bien, profesor.

Acto seguido, Jennyck cogió su chaqueta y corrió hacia la puerta. Cruzó el jardín en una docena de zancadas y caminó a buen paso hacia el pueblo, cuyas primeras casas estaban situadas a menos de cuatrocientos metros.

La casa del doctor Lowson se hallaba sobre una pequeña loma que dominaba la población. A Jennyck le venía muy bien tal aislamiento, porque ello evitaba fisgoneos molestos.

Pocos minutos más tarde, avanzaba a lo largo de la calle Mayor, en la que se veían numerosos corrillos de personas que comentaban excitadamente los sucesos. Jennyck alcanzó la oficina del jefe de policía y abrió la puerta.

Rhoda estaba sentada en una silla, junto a la mesa de McKint. Uno de los ayudantes del jefe estaba en pie, apoyado en la pared, contemplando a la chica con expresión vigilante.

—¿Dónde está el jefe? —preguntó Jennyck.

—Ha salido un momento. Vendrá en seguida —respondió el ayudante.

Jennyck cerró la puerta y se acercó a la muchacha.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Hannah Troy ha muerto —dijo Rhoda con voz inexpresiva.

Jennyck se sobresaltó.

—¿Qué dice? —exclamó.

—La asesinaron en mi presencia —explicó Rhoda—. Fui a su casa y

entré. Nos sentamos en la sala. Apenas tuvo tiempo de decir cuatro palabras. El asesino le pegó un balazo en la cabeza.

—Debe de ser el primer disparo que escuché —murmuró Jennyck—. ¿Y después?

—El asesino huyó, pero el señor McKint pudo localizarlo. El asesino se resistió al arresto y disparó una vez. McKint lo derribó de un balazo.

—¡Caramba! Sí que ha sido una noche movida. Pero, ¿por qué han matado a la señora Troy?

—¿Es que no lo entiende? —dijo Rhoda—. Ese asesinato está relacionado con las desapariciones de mi padre y mi abuelo.

Jennyck se quedó atónito. En aquel momento, se abrió la puerta de la oficina y entró el jefe de policía.

—Hola, profesor —saludó envaradamente—. Gracias por haber venido.

—Era mi deber —contestó Jennyck con sencillez—. ¿En qué puedo servirle?

—Sólo quería su garantía respecto a la señorita Balms —explicó el jefe de policía.

—Por supuesto, señor McKint. Pero por lo que le he oído a ella, no es culpable en absoluto de la muerte de Hannah Troy.

—Pero está relacionada con el caso.

—¿Usted cree?

—Si no lo creyera, no lo diría. —McKint se volvió hacia Rhoda—. ¿Me equivoco?

—Estoy relacionada con el caso en la medida que la muerte de Hannah Troy afecta a las desapariciones de mi padre y mi abuela —contestó Rhoda.

—¿Qué significa eso? —preguntó Jennyck, un tanto perplejo.

—Simplemente, fue asesinada para que no hablase.

Jennyck sintió que se le aflojaba la mandíbula inferior.

—Pero... ¿qué tenía que decir? —exclamó.

—No lo sé —contestó Rhoda—. Algo interesante, desde luego.

—Tampoco importa demasiado. El asesino nos lo dirá —manifestó el jefe de policía.

Jennyck se volvió hacia McKint.

—¿Qué significan esas palabras? —preguntó.

—Rod O'Doole obró con los pies, salvo para tirar de gatillo —contestó McKint, haciendo una mueca—. En seguida, gracias a la señorita Rhoda, supe quién había matado a Hannah Troy. Rod creía que no había sido visto, pero se equivocó. Ahora bien, cuando me divisó a mí, hizo fuego. No le dejé que apretase el gatillo por segunda vez.

—¿Le hirió?

—Sí. El matasanos dice que saldrá adelante, aunque todavía está sin sentido. Cuando lo recobre, le interrogaré.

—Perfectamente, jefe. Y ahora, ¿podemos hacer algo más?

McKint meneó la cabeza.

—No, gracias, eso es todo. —Miró a la chica—. No se vaya de Guildham sin avisarme.

—Sí, señor —contestó Rhoda.

—Vendrá a mi casa —declaró Jennyck—. Ya he ordenado al ama de llaves que le prepare el cuarto de los huéspedes.

—Es usted muy amable —sonrió la chica.

Se despidieron del jefe y salieron a la calle, en donde los corrillos habían disminuido considerablemente. Rhoda tenía su automóvil a poca distancia y se dirigió hacia él, acompañada por Jennyck.

El recorrido fue muy corto. Al detenerse frente a la casa del profesor, éste se apeó y sacó el equipaje de Rhoda del maletero del vehículo.

La señora Davis les esperaba en la puerta.

—Ahora —dijo él—, váyase a descansar y no se preocupe de más. Haremos algo cuando conozcamos la declaración del asesino.

Rhoda esbozó una sonrisa de gratitud.

—No sé qué decirle...

—No diga nada —sonrió Jennyck—. Señora Davis, acompañe a la señorita a su cuarto. Déle un vaso de leche tibia con una tableta de sedante; le está haciendo mucha falta.

—Bien, profesor —contestó el ama de llaves.

* * *

A pesar de que se acostó tarde, Jennyck madrugó bastante. Trabajó en una cosa durante algunos minutos y luego se acercó al tablero de dibujo.

Allí tenía el diseño de la máquina. Era la fórmula —dibujo y matemáticas— número 299.

Tenía que empezar a preparar la fórmula número 300. Ahora ya sabía que la máquina funcionaba. Pero todavía tenía un defecto.

Señalaba las épocas, sí, pero no el lugar geográfico. ¿Cómo se le había podido pasar por alto el detalle?

¿Y si en lugar de un legionario hubiese traído a un gladiador o a una alegre matrona romana?

Al carecer de localizador geográfico, la máquina no había hecho distinción. Sí, él había pedido un legionario romano, pero él que había aparecido procedía de la brumosa Germania y no de la Italia soleada.

—Y menos mal que no llegó de Hispania o de Judea —murmuró, mientras empezaba a trazar sobre un papel los primeros cálculos.

Dos horas le volaron sin que se diera cuenta. De pronto, oyó que llamaban a la puerta.

—¡Pase! —gruñó, sin quitar la vista del papel.

—Le traigo el té de las diez, profesor.

Jennyck suspendió su trabajo inmediatamente.

Volvió la cabeza y divisó a Rhoda parada en el centro del laboratorio, con una bandeja en las manos.

—¡Ca... caracoles! —exclamó.

Rhoda sonrió deliciosamente.

—¿Le disgusta mi presencia aquí? —preguntó.

—¡Disgustarme! —exclamó él.

Estaba fascinado. Rhoda vestía una chaquetilla muy corta y unos ajustados pantaloncitos, que dejaban ver las piernas más bonitas que Jennyck había contemplado nunca. El traje era de color rojo vivo, lo que aumentaba todavía más el atractivo del conjunto.

—¡Ejem, ejem! —tosió Jennyck—. Ponga ahí la bandeja, señorita...

—Rhoda, por favor; no emplee protocolo conmigo.

—Como quiera, muchas gracias. —Jennyck dejó el lápiz y abandonó el pupitre de trabajo—. ¿Qué tal ha descansado, Rhoda?

—Muy bien. La leche caliente y la tableta sedante resultaron una combinación estupenda. Realmente, después de lo que pasó, tenía los nervios a punto de estallar.

Jennyck tomó un sorbo de té.

—Se comprende —dijo—. No debe de ser agradable estar hablando con una persona y ver cómo le pegan un tiro.

Rhoda se estremeció.

—Fue horrible en efecto —murmuró.

—¿Tuvo tiempo de decirle algo interesante?

—Pues...

La chica vaciló. Jennyck lo, observó y dijo:

—Vamos, hable con franqueza.

—Está bien —accedió ella—. La señora Troy sólo dijo: «Sí, vi a su padre. Vino a visitar al doctor y hablaron de un tesoro...». Al llegar a la palabra «tesoro» sonó el disparo.

Jennyck frunció el ceño.

—¿Un tesoro?

—Sí, eso es lo que dijo Hannah Troy y no hay motivos para dudar de la palabra que empleó.

—Rhoda, sinceramente, no lo entiendo. Su abuelo fue siempre muy desprendido.

—Lo sé, pero en cambio, mi padre, sin ser un tacaño, tenía los pies sólidamente asentados en el suelo.

—¿Le oyó hablar alguna vez de un tesoro? —preguntó él—. Naturalmente, me refiero a su padre de usted.

—No, nunca le oí nada al respecto. Claro que pasé mucho tiempo en la Universidad y..., quizá lo descubrió él mientras yo estudiaba.

—Quiere decir que conoció la existencia del tesoro en esa época.

—Sí, eso es.

Jennyck se pellizcó el labio inferior.

—¿Pasaba su padre apuros económicos? —preguntó.

—No, aunque tampoco era rico. Vivíamos bien, simplemente.

—Claro que un tesoro atrae a cualquiera —murmuró el profesor—. Y se fueron a buscarlo.

—Sí, eso creo yo.

—¿Adónde, Rhoda?

Ella le dirigió una mirada implorante.

—Es lo que me gustaría saber, profesor —respondió.

—Tendremos que esperar a que despierte Rod O'Doole.

—Eso es lo que me extraña a mí —dijo Rhoda, con acento preocupado —. ¿Qué tenían que ver Hannah y O'Doole con ese tesoro?

—Sí, resulta extraño —convino Jennyck—. Pero no creo que O'Doole tarde mucho en recobrar el sentido. Han pasado ya más de doce horas desde que recibió el balazo y no precisamente en la cabeza, lo que podría alargar el estado de inconsciencia.

—Desde luego. —Rhoda paseó la mirada por el laboratorio—. Así que este es el artefacto que inventó mi abuelo.

Jennyck sonrió.

—Realmente, ¿puede hablarse de invención? Apenas si hay máquina o aparato que no responda a una necesidad sentida... Se dice la invención del aeroplano, cuando en tiempos remotos se hablaba ya de máquinas voladoras, por ejemplo... En obras antiguas se predecía que llegaría un día en que los buques no necesitarían velas. Y llegó la máquina de vapor. Se dijo que los caballos serían inútiles para tirar de los carruajes...

—Y llegaron el ferrocarril y los automóviles.

—Sí, justamente. Y se habló de una máquina para estudiar las edades pasadas... y ahí está el resultado.

—¿Una máquina del tiempo? —preguntó Rhoda.

—No exactamente. Lo que el doctor Lowson quería era más bien una especie de mirador, que le permitiera asomarse al pasado sin abandonar el presente.

—¿Y lo consiguió?

—Modestia aparte, creo que sus investigaciones estaban erradas en buena parte. Yo enfoqué el asunto con distinta perspectiva y he obtenido buenos resultados.

—¿Qué quiere decir? —preguntó la joven.

—Bueno, no sé cómo explicarlo sin recurrir a largas parrafadas y

ahorrando, además, términos científicos. Digamos, en síntesis, que es una máquina tractora... que tira de las personas y las arranca a su época y las trae a la presente. Aunque también, lógicamente, funciona en sentido inverso, porque un hombre que viva, por ejemplo, en el siglo I, de nuestra era y venga al siglo XXI no se puede quedar en éste indefinidamente y, una vez cumplida su misión en esta época, ha de regresar a la suya.

CAPÍTULO III

—Me siento pasmada —confesó Rhoda.

Jennyck esbozó una sonrisa.

—Es para asombrarse, desde luego —convino.

—Entonces, usted ha hecho algo distinto de lo que hizo mi abuelo.

—Sí, ya le he dicho que el doctor sólo quería «asomarse» al pasado, es decir, contemplarlo a través de una «ventana». Resulta interesante... pero más resulta todavía hablar con un hombre del pasado, ¿no cree?

—Según se mire —sonrió la chica.

—Hombre, yo creo que tiene que ser interesante. Claro que hay modos de pensar.

—¿Y no existe la posibilidad de que ese hombre del pasado proteste por traerle a una época futura para él?

—Me lo está poniendo usted muy difícil, Rhoda —dijo Jennyck, sonriendo.

—Hable por sí mismo. ¿Qué diría usted si ahora lo arrancasen a su época y lo transportasen a una futura? ¿Protestaría?

—No lo sé. Tendría que verme en este caso para poder darle una respuesta, Rhoda.

—¿Hay algo al otro lado de la puerta, profesor?

—Estrictamente, nada. La puerta cierra lo que podríamos llamar cámara de recepción... y también de reexpedición, una vez finalizado el experimento.

—Todo eso resulta muy atractivo —dijo Rhoda—. Pero ¿funciona?

—Sí.

—¿Cómo lo sabe usted? Porque hasta ahora y que yo sepa, no ha pasado del campo puramente teórico y especulativo.

—Se equivoca, Rhoda.

Jennyck se acercó al armario, lo abrió y sacó la espada del legionario romano. Rhoda contempló el arma con ojos de asombro.

—¿Qué es eso, profesor?

—El resultado del triunfo de mis experimentos, Rhoda.

Hubo un momento de silencio. Luego, Jennyck explicó a la chica lo ocurrido con la primera prueba de la máquina.

—Menos mal que pude convencer a la señora Davis de que el legionario muerto había sido una pesadilla suya —dijo Jennyck al terminar.

—Sí, cualquiera creería en una pesadilla... porque lo difícil es creer en un hombre que vivió hace dos mil años... muerto en nuestra época —dijo la

joven, sumamente impresionada.

—Desde luego. —Jennyck volvió la espada al armario y miró a la joven —. En cuanto tenga terminado el localizador geográfico, haré otra prueba.

—¿Para qué quiere el localizador geográfico? —inquirió Rhoda.

—Muy sencillo. Hasta ahora, puedo llegar a la época que desee, pero sin precisar el punto de destino. Yo quería un legionario romano, de guarnición en la propia Roma, pero el que me apareció pertenecía a las legiones que guarnecen la frontera del Rhin.

—Comprendo. ¿Va a traer a otro legionario cuando tenga completa la máquina?

—No lo sé todavía —sonrió Jennyck—. De momento, me parece que tenemos entre manos otro problema más importante, ¿no cree?

Rhoda recordó la muerte de la señora Troy y se estremeció.

—Sí, es verdad—murmuró.

El teléfono sonó de pronto y su sonido estallante hizo dar un bote a la muchacha. Jennyck se acercó a la mesa donde estaba y levantó el aparato.

—Habla el profesor Jennyck —dijo.

—Soy McKint, profesor. Tengo malas noticias. Rod O'Doole ha muerto sin recobrar el conocimiento.

—¡Oh! —Jennyck se mordió los labios y añadió—: Está bien, gracias, jefe.

—Un momento —pidió McKint—. ¿Está con usted la señorita Balms?

—Sí, claro. ¿Quiere algo de ella?

—Me basta con que le diga que no abandone la ciudad por ahora, profesor.

—Descuide, jefe.

Jennyck volvió el aparato a la horquilla y se enfrentó con Rhoda, quien, a su vez, le contemplaba con singular atención.

—O'Doole ha muerto —anunció él.

Rhoda permaneció callada.

Hubo una corta pausa de silencio. Luego, ella dijo:

—No comprendo los móviles de ese crimen. ¿Tan importante era para O'Doole que Hannah Troy no hablase?

—Al parecer, así era —contestó Jennyck.

—Se me ocurre una cosa —dijo Rhoda—. ¿Por qué no le sugiere al jefe McKint la conveniencia de hacer un registro en casa de la señora Troy? Tal vez encuentre entre sus papeles algún documento que pueda darnos una pista, ¿no le parece?

Jennyck se acarició la barbilla pensativamente.

—La idea no es mala —dijo—. Pero existe el inconveniente de que McKint encuentre algo y no quiera decírnoslo.

—Es verdad. ¿Qué hacer, entonces?

—Yo se lo diré —sonrió el joven—. ¿Por qué no hacemos nosotros mismos ese registro? A la noche, por supuesto, cuando todo el mundo duerma en Guildham.

Los ojos de la muchacha centellearon.

—¡Buena idea! —aprobó—. ¿Vendrá conmigo, profesor?

—No me perdería esa excursión por nada del mundo —aseguró Jennyck gravemente.

* * *

Salieron de casa pasada la media noche.

La señora Davis dormía. Jennyck y Rhoda hablan quedado haciendo sobremesa y al cabo de un rato, después de servir la cena, el ama de llaves se había retirado a su dormitorio.

Jennyck y Rhoda abandonaron la casa sin hacer el menor ruido. Las calles de Guildham estaban desiertas.

Todo el mundo dormía. Se veían algunos faroles encendidos y uno de ellos ante la fachada de un edificio: la oficina de McKint.

Pero ellos no tenían necesidad de llegar tan lejos. Cerca del pueblo se desviaron hacia la derecha a fin de alcanzar su objetivo sin ser vistos por un imprevisto noctámbulo.

Minutos más tarde, se detenían en las inmediaciones de una casita de modesto aspecto, rodeada de un pequeño jardín, defendido por una valla baja de madera, de unos setenta centímetros de altura.

Jennyck pasó al otro lado y ayudó a la muchacha a hacer lo mismo. Luego, más cautelosamente que nunca, avanzaron hacia la casa.

Jennyck se dirigió hacia la parte posterior. Había una puerta, pero la supuso cerrada con llave. En lugar de ello, tanteó una ventana y pronto pudo levantar el bastidor.

El antepecho de la ventana quedaba a la altura de su barbilla. Se izó a pulso, entró en la casa y luego alargó las manos para ayudar a Rhoda.

—Bueno, ya estamos dentro —dijo ella, momentos después—. Y ahora, ¿qué profesor?

—Lo primero, correr las cortinas para que no salga luz a la calle —dijo él.

Rhoda acató el consejo. Jennyck se había provisto de una minúscula linterna, con ayuda de la cual pudo hallar el interruptor de la luz.

—Esto es la cocina—dijo—. No creo que aquí podamos hallar nada interesante.

—En su dormitorio —sugirió ella.

—Sí, tal vez. Hannah Troy vivía sola.

Salieron de la cocina a una especie de rellano, en el que se veían tres

puertas.

—Aquella da a la sala de recibo —indicó Rhoda.

Jennyck abrió una de las otras puertas y vio un dormitorio vacío, con un *secretarie* de persiana adosado a una de las paredes. Rhoda entró y corrió las cortinas, lo que permitió al profesor encender las luces de la estancia.

Lo primero que hizo Jennyck fue acercarse al *secretarie*, cuya llave estaba puesta en la cerradura. Alzó la persiana y curioseó en el escritorio.

Sus intentos resultaron infructuosos. Después del escritorio, Jennyck acometió la tarea de registrar los cajones.

Estaban casi completamente vacíos y los pocos papeles que había en ellos no contenían nada de interés. Rhoda empezó a sentirse decepcionada.

—Vamos al salón donde murió —propuso él.

Rhoda accedió. Con las mismas precauciones, abandonaron el dormitorio y se acercaron a la sala contigua, donde todo aparecía en orden.

Jennyck paseó la mirada por la estancia. De pronto, sobre una mesita, vio algo que llamó su atención.

Era la Biblia familiar de Hannah Troy. Tomó el libro y lo hojeó distraídamente.

Algo crujió de pronto dentro de la Biblia. Jennyck presintió el hallazgo.

—Rhoda, venga.

La muchacha curioseaba tras un cuadro y corrió a reunirse con él.

—¿Qué pasa, profesor?

Jennyck manipuló en el libro durante unos instantes. Al fin, consiguió despegar la contratapa posterior, por su cara interna.

Un papel se desprendió y cayó al suelo. Jennyck se inclinó y lo recogió, desplegándolo a continuación.

Había unas líneas escritas, que ambos leyeron simultáneamente:

> *El tesoro está en Four Hills Road. Hay otras personas que lo ambicionan, pero si me ocurre algo el culpable será...*

La escritura se interrumpía al llegar a este punto. Jennyck se sintió perplejo.

—¿Por qué no completó el mensaje? —dijo.

—Es raro, en efecto —convino la chica—. Pero se me ocurre una idea.

—¿Cuál, Rhoda?

—Hannah se sentía amenazada, es indiscutible. Sin duda, quiso dejar una pista tras sí y empezó a escribir este mensaje.

—Sí. Continúe.

—Entonces vino alguien y ella guardó el papel en la Biblia. Luego ya no pudo completar su mensaje.

—¿Por qué, Rhoda?

—Muy sencillo, porque la asesinaron. Y lo más probable es que ese alguien que impidió la terminación del mensaje fuese yo. De lo contrario, de haberse tratado de otra visita anterior, lo más probable es que lo hubiese terminado.

—Sí —murmuró él pensativamente—, y entonces, sabríamos a qué personas quería referirse y no tuvo tiempo de mencionar.

—Quiso referirse al asesino, profesor.

—Aquí habla de otras personas, Rhoda.

—Dos. El asesino... y el asesino del asesino.

—Sí, es verdad. Pero, al menos, sabemos que hay un tesoro y el sitio donde está, Rhoda.

—¿Conoce usted Four Hills Road?

—No, nunca he oído hablar de ese sitio —contestó Jennyck.

—Ella sí, puesto que lo anotó en ese papel.

—¿Y cómo lo supo?

Rhoda le dirigió una mirada chispeante.

—Era el ama de llaves de mi abuelo —dijo.

Jennyck sonrió.

—Vamos, que aplicaba el oído a la cerradura, ¿no?

—Si no fue así, ¿cómo lo supo?

—Claro —dijo él. Golpeó el mensaje con el dedo índice—. ¿Dónde diablos puede estar Four Hills Road?

—Hay mapas, profesor:

—Tengo algunos en casa. Los examinaremos con todo cuidado.

—Yo le daría una solución mejor, profesor.

—¿Cuál es, Rhoda?

—Busque cuatro colinas. Por el nombre, parece desprenderse que se trata de un sitio donde hay cuatro colinas, más o menos juntas, más o menos agrupadas...

—Lo buscaremos, sí.

De repente, la cara de Jennyck reflejó una expresión de alarma.

—¡Cuidado! —siseó—. Viene alguien.

Una tabla acababa de crujir en una habitación cercana. Jennyck saltó hacia el interruptor y apagó las luces.

Luego corrió hacia la muchacha y agarró su brazo.

—Vamos, por la ventana —dijo a su oído.

Segundos más tarde, saltaban al jardín. Quedaron pegados a la pared, escuchando los ruidos que llegaban a través de la ventana abierta, aunque con las cortinas echadas.

La puerta de la sala se abrió. Sonaron pasos cautelosos.

Jennyck apartó un poco las cortinas, abriendo una rendija de una anchura no superior a los dos centímetros. Su asombro resultó infinito al

reconocer a Pete McKint, jefe de Policía de Guildham.

CAPÍTULO IV

McKint se movía por la sala con aire receloso. De pronto, Jennyck le vio volver la cabeza con brusquedad.

El policía sacó su pistola. Se dirigió hacia la puerta y apagó las luces.

—¿Qué pasa? —preguntó la muchacha.

—Es McKint —contestó Jennyck.

—¡Qué extraño!

—En absoluto...

De repente se oyó una voz irritada:

—¡Alto, párese o disparo! ¡Párese, le digo!

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

Las tres detonaciones sonaron muy juntas. Rhoda sé apretó instintivamente contra el profesor.

McKint juró atronadoramente. Sonaron dos tiros más.

Jennyck agarró la mano de la muchacha.

—Larguémonos —dijo—. En modo alguno conviene que se sepa que estamos aquí.

Rhoda comprendió la justicia de aquellas palabras y no hizo la menor resistencia cuando Jennyck tiró de ella hacia la trasera del jardín. Minutos después, habían salido del pueblo, en el que los disparos habían organizado un escándalo más que regular.

—Me gustaría saber el resto de la historia —dijo Rhoda, cuando llegaban ya a la casa del profesor.

—Mañana nos enteraremos... luego, mejor dicho —contestó él—. No haga ruido; no conviene que la señora Davis sepa que hemos salido.

—Sí, profesor.

Entraron en la casa sin hacer ruido y se dirigieron en silencio a sus respectivos dormitorios. Jennyck se metió en la cama, satisfecho, en parte, de su idea de registrar la casa de Hannah Troy.

Al menos, se dijo, habían podido saber que la historia del tesoro no tenía nada de descabellada y, lo que era mejor todavía, conocían su emplazamiento.

Por cierto, ¿dónde estaba Four Hills Road, el «Camino de las Cuatro Colinas»?

Se durmió antes de haber podido encontrar en su memoria un accidente geográfico que respondiera a la definición.

Debido a que se había echado a dormir más tarde de lo ocurrido,

aquella mañana no madrugó tanto como tenía por costumbre. A las diez, sin embargo, había desayunado y se encontraba ya ante el tablero de dibujo.

Rhoda apareció una hora más tarde. La muchacha aparecía fresca y descansada y con un aspecto cautivador.

—¿Ha mirado algo acerca de Four Hills Road? —le preguntó, tras los primeros saludos.

—Todavía no, lo confieso; me enfrasqué en el trabajo...

—Si me indica dónde tiene los mapas, yo podría hacerlo por usted —sugirió la chica.

—No hay inconveniente. La biblioteca está en la habitación de al lado. Todo lo referente a geografía está en los estantes del lado Sur, a la derecha de la ventana.

—De acuerdo.

Jennyck continuó su trabajo, esbozando diseño tras diseño y alternando el dibujo con complicadas fórmulas matemáticas. Hora y media más tarde, Rhoda entró de nuevo en el laboratorio.

—Lo siento —dijo.

Jennyck dejó el lápiz sobre el tablero.

—¿Nada? —preguntó.

—No, no he encontrado ninguna referencia a Four Hills Road.

El profesor reflexionó unos momentos.

—Su padre vino aquí a buscar el tesoro —dijo—. ¿Cómo conoció su existencia? ¿Quién se lo dijo? ¿De dónde obtuvo la información?

—Pregunta usted demasiado, profesor —se quejó la chica.

—Es que si conociéramos las respuestas, tendríamos adelantado la mitad del camino.

—Sí, es cierto.

—¿Le habló su madre alguna vez de ese tesoro?

—No, nunca. La primera noticia que tuve me la dio Hannah Troy.

—Eso significa que su padre vino aquí sin expresar claramente los motivos de su viaje.

—En efecto.

—Tendremos que empezar a averiguar dónde demonios cae ese lugar geográfico —dijo Jennyck pensativamente.

—Sí, aunque hay una cosa que me extraña —dijo la muchacha.

—¿Cuál, por favor?

—Mi padre y mi abuelo, presumiblemente, se fueron a buscar un tesoro a Four Hills Road. ¿Cómo es posible que, en cinco años, no hayan dado señales de vida?

Jennyck se quedó parado.

La pregunta de Rhoda formulaba unos argumentos de difícil refutación.

Sí, resultaba extraño que los dos hombres no hubiesen dado señales de vida en aquellos cinco años.

—Aunque Four Hills Road estuviese en los antípodas, tendrían que haber regresado ya, ¿no cree? —añadió Rhoda, tras una corta pausa.

—¿Y si les ha ocurrido algo que les impide el regreso?

—¿Qué puede ser, profesor?

Jennyck hizo un gesto con las manos.

—No tengo la menor idea, Rhoda.

Ella suspiró.

—No quiero molestarle más —dijo—. Usted tiene trabajo.

Lanzó una mirada hacia la máquina.

—Aquella es la puerta por donde salió el legionario —dijo.

—Sí.

—¿Qué hay al otro lado, profesor?

Jennyck se echó a reír.

—¿Siente curiosidad por verlo? Está bien, ábrala siquiera, pero no verá nada, se lo digo de antemano para que no se lleve chasco.

Rhoda se acercó a la puerta, mientras Jennyck volvía la vista al diseño en el cual llevaba trabajando toda la mañana. De súbito, oyó un chillido femenino.

—¡Profesor!

Jennyck se volvió vivamente.

—¡Rhoda! ¿Qué ocurre?

La chica estaba parada en el umbral de la cámara, señalando con la mano hacia el interior. Jennyck se dio cuenta de que había palidecido intensamente.

—Mire, profesor...

Jennyck corrió hacia la máquina. Con ojos atónitos contempló el papel caído en el suelo, a dos pasos de la entrada.

—Usted ha dicho que no vería nada —exclamó Rhoda—. ¿Qué significa ese papel?

Jennyck frunció el ceño. Entró en la cámara, se inclinó y recogió el papel. Retrocedió y lo alisó un poco con la mano.

Rhoda leyó, mirando por encima de su hombro. El papel contenía un breve pero expresivo mensaje:

¡Socorro! ¡Vengan a rescatarnos! ¡Estamos en...!

—¡Son ellos, son ellos! —gritó Rhoda excitadamente—. El abuelo... mi padre... ¡Profesor, tenemos que ir a buscarlos!

* * *

Jennyck tuvo que pasar los diez minutos siguientes ocupado en la poco agradable tarea de calmar a la muchacha. Desoyendo sus consejos, Rhoda quería lanzarse a través de la máquina para buscar a su padre y a su abuelo.

—¡Sea sensata! —dijo al cabo, un tanto enfadado por la insistencia de la joven—. Meternos ahí, sin más, no conduciría a ningún resultado, práctico. Sólo conseguiríamos perdemos nosotros también, sin beneficio alguno para ellos.

—Pero están ahí...

—¿Y por qué están? ¡Porque se metieron en la máquina sin haber comprobado antes su perfecto funcionamiento! ¿Quiere entrar ahí y perderse tal vez para siempre en... Dios sabe dónde y en qué año?

Los argumentos de Jennyck empezaron a hacer mella en el ánimo de la chica.

—Sí, creo que tiene razón —dijo Rhoda al cabo—. Pero, ¿cómo pueden estar ahí?

—El tesoro, Rhoda.

—¿Cómo?

—Nada más sencillo. Su padre convenció a su abuelo de usted para que los dos fueran juntos a buscar ese tesoro, trasladándose en el tiempo al lugar donde está escondido. Lo hicieron... ¡y se quedaron allí, dondequiera que sea!

Rhoda se mordió los labios.

—¿Y cómo han enviado el mensaje? —preguntó.

—Seguramente, han descubierto la manera de llegar hasta la cámara, pero no pueden abrirla desde el otro lado.

—Deje la puerta abierta, en tal caso.

—No, no funcionaría así.

Rhoda se acercó de nuevo a la puerta y la abrió. Al fondo del corredor, que tenía unos cuatro metros, divisó un muro completamente liso.

—Aquello de allí, ¿es otra puerta?

—Sí, Rhoda.

—Pues no lo parece, profesor.

—Pero lo es —insistió Jennyck.

—¿Cómo se abre?

—Desde aquí, estando cerrada la puerta interior.

—Ellos consiguieron abrirla —indicó Rhoda.

—Seguramente, su abuelo construyó un mando manual de control remoto. No se me ocurre otra explicación.

—Sí, pero ¿cómo no pueden volver, en caso de que sea cierto lo que dice?

—¡Qué sé yo! ¡Alguna avería del artefacto... o quizá lo probaron

precipitadamente, sin asegurarse primero de que funcionaba correctamente!

—Bueno, en tal caso, ¿por qué no los «trae» usted? ¿No trajo al legionario?

Jennyck se puso a pensar.

—Ya está —dijo de pronto, chasqueando los dedos—. Yo no puedo poner la máquina en funcionamiento, para traerlos, porque ignoro los dos datos esenciales: tiempo y lugar.

—Sí, es cierto.

—En ese caso, y puesto que ellos pueden llegar hasta la cámara, lo mejor es dejarles un mensaje y que lo lean. ¿Comprende ahora?

Rhoda palmoteo alborozadamente.

—¡Es una magnífica idea! —elogió.

—Que voy a poner en práctica inmediatamente.

Jennyck tomó una gran hoja de papel y en caracteres que imitaban a los de imprenta y de unos cinco centímetros de altura, escribió:

> *Por favor, indiquen coordenadas de tiempo y espacio. Intentaremos rescatarlos, pero todo esfuerzo será inútil sin esos datos.*

Joe A. Jennyck

Acto seguido, Jennyck se dispuso a colocar la hoja en la cámara, pero antes Rhoda escribió su nombre al final del mensaje.

—Así sabrán que yo también estoy aquí —dijo.

—No es mala idea —sonrió Jennyck.

Depositaron la hoja en el suelo de la cámara y cerraron.

—Ahora esperar —suspiró Rhoda.

—Mientras tanto, si no le importa, yo continuaré mi trabajo.

—Desde luego. ¿Tardará mucho, profesor?

Jennyck hizo un gesto ambiguo.

—Comprendo —dijo Rhoda, resignadamente—. Eso significa que no sabe cuándo tendrá el listo el localizador de coordenadas geográficas. Pero —añadió de repente, con cara preocupada—, ¿por qué no concluyeron el mensaje?

—Cuando los hayamos encontrado, sabremos toda la verdad, Rhoda.

—Sí, es cierto —convino ella—. Bien, le dejo con su trabajo, profesor.

Era forzoso esperar, se dijo la chica; por el momento, y dadas las circunstancias, no podían hacer otra cosa.

Salvo intentar conocer el emplazamiento exacto de Four Hills Road.

CAPÍTULO V

El jefe de policía de Guilham no sabía dónde estaba Four Hills Road.

—Jamás he oído hablar de un sitio semejante —dijo, como respuesta a la pregunta que le había formulado la muchacha.

Rhoda no se desanimó. Abandonó la oficina de McKint y se dirigió a una tienda en donde vendían de todo y había también un sector destinado a servir bebidas.

Rhoda entró en la cantina y se sentó en un alto taburete, sin fijarse demasiado en los dos individuos que consumían apaciblemente sendas cervezas. Pidió una limonada y el cantinero, un hombre de mediana edad y aire melancólico, se las sirvió de inmediato.

—Querría hacerle una pregunta —dijo Rhoda, cuando volvió el cantinero, con el vaso en la mano.

—¿Sí? —dijo el hombre.

—¿Conoce usted un lugar llamado Four Hills Road?

El cantinero miró al techo con un solo ojo.

—Four Hills Road —dijo, mientras Rhoda esperaba impacientemente —. Pues no, no he oído hablar nunca de ese sitio...

Rhoda no se dio cuenta de la súbita atención que sus palabras habían causado en los dos sujetos. El cantinero añadió:

—Pero quizá pueda decirle algo un tipo que conoce la comarca al dedillo. Se llama Jeremy Pickett y vive a la salida del pueblo, en el lado Noroeste.

—Gracias, amigo —sonrió Rhoda.

Bebió un par de sorbos de limonada y se apeó del taburete. Luego, con paso rápido y vivaz, se encaminó hacia la puerta.

Los dos hombres la siguieron instantes después, adoptando un talante de naturalidad, como si actuaran casualmente. Rhoda continuó andando, sin percatarse en absoluto de la observación de que era objeto.

Minutos más tarde, llamaba a la puerta de la casa de Pickett. Una mujer, la señora Pickett, abrió e informó a la muchacha que su esposo estaba de caza y que no regresaría hasta el atardecer.

—Volveré entonces, señora —sonrió Rhoda—. Solamente vine a preguntarle si su esposo, que conoce muy bien la comarca, según me han dicho, ha oído hablar alguna vez de Four Hills Road.

La señora Pickett negó con la cabeza.

—Yo no conozco ese sitio, pero es probable que Jeremy sí lo conozca —contestó.

—Muchas gracias, señora; ha sido usted muy amable.

Rhoda emprendió el camino de regreso. Los dos hombres se escondieron tras una esquina próxima, a fin de no ser vistos.

Cuando la muchacha se hubo alejado, cambiaron una mirada de inteligencia.

—Tenemos que anticipamos a ella —dijo uno.

—Sí. Esperaremos la vuelta de Pickett fuera del pueblo —indicó el otro.

Rhoda volvió a casa. Jennyck continuaba aún enfrascado en su trabajo y la muchacha esperó a que hiciera una pausa, para contarle el resultado de sus pesquisas.

—No está mal ideado —aprobó Jennyck—. La verdad es que a mí no se me había ocurrido.

—A la noche lo sabremos —sonrió Rhoda—. ¿Hay noticias? — preguntó, mirando ávidamente hacia la puerta.

—Abra usted misma —indicó él.

Rhoda lo hizo así. Un gesto de decepción se dibujó en su cara al ver que el mensaje dirigido a los dos hombres perdidos continuaba todavía en el mismo sitio.

* * *

El viejo Jeremy Pickett regresaba satisfecho de su excursión de caza. En el morral llevaba dos liebres y un conejo. A sus ochenta años, conservaba una vitalidad sorprendente, una magnífica puntería y una vista de águila.

De pronto, cuando le faltaban todavía menos de mil metros para llegar a la ciudad, vio que dos hombres le salían al paso en el camino.

—Hola —dijo uno de los individuos.

—Hola —sonrió Pickett —. ¿Se les ofrece algo?

—Estamos buscando un sitio... Se llama Four Hills Road —manifestó el individuo.

—Nos han indicado que usted conoce muy bien la comarca y que podría decimos dónde está —añadió el otro.

—¡Oh! —dijo Pickett—, pero Four Hills Road no se llama ya así. Hace muchísimos años que le cambiaron el nombre... Cuando cambió de propietario, claro. Yo era entonces un muchacho y lo recuerdo bastante bien.

—¿Ah, sí? Y ¿cómo se llama ahora, por favor?

—Kempstead Valley. —El brazo de Pickett se tendió a lo lejos—. Está a veintidós kilómetros del pueblo, hacia el Oeste.

—Es usted muy amable, señor Pickett —sonrió el hombre que había

hecho la pregunta—. Lo que resulta extraño es un cambio de nombre tan radical, ¿no cree?

—Hasta cierto punto, si se piensa que ese nombre no es sino el de una propiedad, que cambió de dueño hace más de sesenta años.

—¿Vive ahora su dueño? —preguntó el otro.

—No. Es una propiedad abandonada, aunque se supone que el viejo Lars Hommer dejó herederos. Sin embargo, hasta ahora no han aparecido.

—Curioso, muy curioso, señor Pickett. Es usted un buen cazador —elogió el mismo individuo.

—No puedo quejarme —sonrió Pickett—. Además, a mis años, es la única distracción que me queda.

—Sí, claro... La escopeta es un tanto antigua; ya no se fábrica ese modelo, creo. ¿Me permite, señor Pickett?

—¿Cómo no, señor? —accedió el viejo amablemente—. Por cierto, no he oído aún sus nombres...

—Rivers. Somos hermanos —dijo el individuo, a la vez que tomaba en sus manos la escopeta—. Un arma estupenda —elogió—. Ya no se hacen ahora otras iguales.

—Desde luego. Yo no la cambiaría por nada del mundo —aseguró Pickett.

Rivers examinó el arma y vio dos cartuchos en la recámara. Cerró la escopeta y apuntó con ella al viejo.

—¡Eh! ¿Qué hace usted? ¡Aparte ese trasto de mi barriga! —gritó Pickett, alarmado.

—Lo siento —dijo Rivers.

Y apretó uno de los gatillos.

Pickett dio un salto en el aire. Al caer, estaba muerto.

—Una perdigonada, a un metro de distancia, ha sido más que suficiente —dijo Rivers, tirando el arma junto al cadáver.

—Y un accidente de caza, cualquiera lo tiene —sonrió el otro—. Incluso aunque se trate de un sujeto tan experimentado como el pobre Jeremy Pickett.

—¡Pobre hombre! En fin, ha sido una lástima. ¿Vamos, Jules?

—¡Vamos, John!

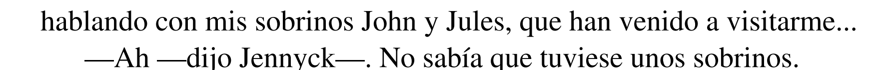
* * *

Jennyck empezó a sentir apetito y abandonó el laboratorio.

—¡Señora Davis! —llamó.

El ama de llaves apareció al instante, secándose las manos con el delantal.

—Perdón, profesor. La cena se retrasará unos momentos. Me entretuve


hablando con mis sobrinos John y Jules, que han venido a visitarme...

—Ah —dijo Jennyck—. No sabía que tuviese unos sobrinos.

—Están en la cocina —sonrió la mujer—. Si quiere conocerlos...

—Será un placer —afirmó Jennyck—. ¿Ha vuelto ya la señorita Balms?

—Todavía no, profesor.

Jennyck siguió al ama de llaves. En la cocina y sentados junto a una mesa había dos hombres jóvenes y robustos, que se pusieron en pie al verle entrar.

—Éste es el profesor Jennyck —presentó la señora Davis—. Profesor, mis sobrinos John y Jules Rivers.

—Encantado, caballeros —dijo Jennyck.

—Tanto gusto —contestaron los hermanos a dúo.

—La señora Davis me ha hablado de ustedes —manifestó el profesor —. Me agradará que se sientan como en su propia casa.

—Será un placer, profesor, aunque no estaremos ya mucho más tiempo —declaró Jules—. Tenemos que irnos.

Jennyck emitió una sonrisa de compromiso.

—Como quieran—dijo—. Mi ofrecimiento es sincero.

—Muy amable, profesor.

Intervino la señora Davis.

—La cena estará lista dentro de un cuarto de hora, profesor.

—Gracias, señora Davis. Ha sido un placer, caballeros.

Los Rivers murmuraron unas palabras de despedida. Jennyck regresó a la sala y observó preocupadamente la ausencia de Rhoda Balms.

Se preparó un whisky para entonarse, después de una larga y fatigosa jornada de trabajo, en lo mental. No obstante, se sentía satisfecho, porque sabía que sus proyectos iban por buen camino.

Estaba terminando de beberse el whisky, cuando entró Rhoda precipitadamente.

La joven tenía las mejillas encendidas y respiraba con ritmo afanoso.

—¡Profesor! —gritó al verle.

—¿Qué pasa, muchacha? —se extrañó Jennyck.

—¡Ha ocurrido algo horrible! ¡El viejo Pickett ha sufrido un accidente de caza!

El vaso estuvo a punto de caérsele de las manos al profesor,

—¿Es cierto lo que me dice? —exclamó.

—Sí. Se le disparó la escopeta a bocajarro y la perdigonada le destrozó el pecho. El médico dice que murió instantáneamente.

Jennyck se pasó la mano por la cara.

—Pobre Jeremy —dijo—. Era un cascarrabias, pero simpático.

—Fuera como fuera, ya no sabremos dónde está Four Hills Road — manifestó Rhoda desalentadamente.

—¿Cree usted que lo sabía el viejo Pickett?

—Sí, estoy segura de ello. Al menos, así lo dio a entender su mujer. Y también el cantinero.

Jennyck apretó los labios.

—Murió la señora Troy, murió O'Doole... Ahora ha muerto Pickett... Demasiadas coincidencias, ¿no cree, Rhoda?

Ella le miró con asombro.

—¿Cómo? ¿Piensa que Pickett ha sido asesinado?

—¿Se puede pensar de otro modo, después de lo ocurrido?

Rhoda frunció el ceño.

—Creo que tiene razón —murmuró—. Alguien asesinó a Pickett e hizo pasar la muerte como algo accidental.

—Pero no lo haría sin antes saber la ubicación exacta de Four Hills Road —dijo Jennyck.

—Eso es cierto. Y ahora, el asesino, irá en busca del tesoro...

—Rhoda —habló él con grave acento—, lo que menos me preocupa ahora es el paradero del tesoro. Lo realmente interesante es rescatar a su padre y a su abuelo.

—Tiene usted razón, profesor. ¿Hay noticias de ellos?

—Cuándo dejé el trabajo, el mensaje continuaba todavía en el mismo sitio, sin que se viera ninguna respuesta de ellos —contestó Jennyck.

CAPÍTULO VI

—¿Habrá algún peligro de que nos vean? —preguntó! Jules Rivers.

—Ninguno —contestó Molly Davis—. El profesor y la chica duermen como troncos.

—Pero podrían despertarse —alegó John.

La señora Davis sonrió desdeñosamente.

—No seas tonto, muchacho —dijo—. Les puse un narcótico en el café de la cena. Dormirán toda la noche.

—Se darán cuenta de que han sido narcotizados...

—Es una droga de acción lenta y no deja residuos en el organismo.

Jules sonrió.

—Eres muy astuta, «tía» Molly —dijo.

—Hace años que me vengo preparando para esto —contestó el ama de llaves, sonriendo igualmente—. Lástima que haya tenido algunos fracasos, aunque creo que ya estoy a punto de alcanzar mi objetivo.

—¿Es valioso el tesoro? —inquirió John.

—Lamentablemente, yo no estaba aquí cuando llegó Perry Balms —respondió Molly—. Hannah Troy sí oyó algo al respecto, aunque no hubiera podido precisar datos. El doctor y su yerno desaparecieron y ella no tuvo tiempo de enterarse de más.

—Lamentable —concordó Jules.

—Sí, mucho —dijo su hermano.

Molly soltó una risita.

—Confieso que me llevé un buen susto al ver el romano muerto al pie de la máquina —dijo—. Llamé a la policía casi sin saber lo que hacía, pero después se me ocurrió la idea de fingirme desmayada. Hubiera dicho al «despertar» que se trataba de una pesadilla, pero el profesor tuvo la misma idea que yo y me bastó seguirle la corriente.

—Entonces, la máquina funciona —habló John.

—Sí, en efecto.

—¿Y tú sabes manejarla?

Molly emitió una sonrisa de superioridad.

—No estaríais aquí si no fuera así —contestó.

—Pero, ¿cómo, has aprendido a manejarla? —se extrañó Jules —. Porque no creo que el profesor haya perdido el tiempo, enseñándote a hacerlo.

—Oh, claro que no. Soy autodidacta... lo que quiere decir que he aprendido por mí misma.

Molly se puso en pie y se acercó a una de las paredes de la cocina. Había allí una pequeña estantería con cacharros y botes que contenían especias y condimentos, y la hizo girar a un lado, dejando a la vista una pantalla de televisión.

Los Rivers lanzaron a la vez una exclamación de asombro. Molly dio el contacto y la pantalla se iluminó al poco tiempo, permitiendo una visión casi completa del laboratorio.

—No hay nadie ahora, así que no captamos sonidos —explicó el ama de llaves—. Pero cuando se conversa en el laboratorio, no me pierdo ni una sola sílaba.

Los dos hermanos se miraron.

—Jules —dijo John—, tenemos una tía que vale lo que pesa en oro.

—Vale un tesoro, justamente —rió Jules.

Molly se echó a reír y apagó la pantalla. La alacena volvió a su sitio.

—Tardé algunos meses en tenerlo todo listo —dijo—. Pero el resultado valió la pena.

—¿Cuál es tu plan, tía? —preguntó John.

—Usar la máquina del profesor para desplazarnos a Kempstead Valley cuando aún se llamaba Four Hills Road y situarnos allí poco antes de que entierren el tesoro. Entonces, asaltaremos a sus dueños y luego nos lo traeremos para acá.

Jules se puso nervioso.

—¿Y... de veras no hay peligro en viajar con ese artefacto?

—Ninguno —contestó el ama de llaves rotundamente.

—Bien, entonces, ¿a qué esperamos?

Molly se dirigió hacia la puerta.

—Seguidme —ordenó.

Los Rivers caminaron tras ella. Momentos después, entraban en el laboratorio.

El ama de llaves se dirigió rectamente al pupitre de mando. Estudió un momento sus diversos instrumentos y luego dijo:

—Jules, abre la puerta.

El nombrado obedeció. Vio un papel en el suelo y se agachó para recogerlo.

—¡Eh! ¿Qué es esto? —exclamó.

—Ah, lo había olvidado —dijo Molly—. John, quémalo.

John rompió el papel en menudos trocitos y luego lo puso encima de un mortero. Arrimó un fósforo y esperó hasta que el mensaje estuvo convertido en cenizas.

—Luego lo limpiaré yo —dijo el ama de llaves—. Ahora entrad ahí.

Los dos hermanos obedecieron sin rechistar. Molly se acercó a la puerta.

—No lo olvidéis. Mañana, a estas mismas horas, vendré a recogeros para que me informéis.

Jules y John asintieron en silencio. Molly cerró la puerta y luego se acercó al pupitre.

Maniobró en los controles durante algunos segundos. Luego presionó la tecla grande.

Esperó un minuto. Al fin se acercó a la puerta y la abrió.

Los dos hermanos habían desaparecido.

Una sonrisa de satisfacción se formó en sus labios. Tranquilamente, sin mostrar la menor emoción, se dirigió hacia la salida. Apagó las luces y todo quedó en silencio.

* * *

Rhoda entró en el laboratorio y halló a Jennyck inclinado sobre su pupitre. El profesor notó su presencia y volvió la cabeza.

—Buenos días —sonrió—. ¿Qué tal se encuentra, Rhoda?

—Perfectamente, profesor. ¿Ha mirado en la cámara?

—A decir verdad, no. Cuando llegué aquí, tenía la mente ocupada con mi fórmula y no me acordé de nada que no fuera poner inmediatamente manos a la obra.

—Entonces no le importará que mire yo.

—Desde luego, Rhoda.

La chica se acercó a la puerta y la abrió. Un agudo chillido se escapó de sus labios.

—¡El mensaje! ¡Ha desaparecido!

Jennyck corrió hacia la cámara.

—Es curioso —dijo.

Rhoda le dirigió una mirada inquisitiva.

—Se han llevado el mensaje. ¿Por qué no han dejado su respuesta escrita?

—No lo sé —confesó él francamente.

—Esto es incomprensible —dijo Rhoda—. Profesor, me siento angustiada al pensar que mi padre y mi abuelo están al otro lado de esta cámara y no podemos hacer nada por ellos.

Jennyck apoyó una mano en el brazo de la muchacha.

—Tenga calma, se lo ruego —aconsejó—. Soy de la opinión de que tanto su padre como su abuelo son personas sensatas y que no actúan sin un motivo poderoso. ¿Por qué no redacta otro mensaje y se lo deja ahí, pidiéndoles una respuesta definitiva?

—Sí, lo haré ahora mismo —contestó Rhoda resueltamente.

Buscó papel y se puso a escribir encima de una mesa, adosada a uno de

los muros. Mientras escribía notó un ligero siseo que llamó su atención.

Miró a derecha e izquierda. Parecía el ruido de un diminuto motorcito eléctrico, pero no consiguió hallar el origen del sonido.

Continuó escribiendo. Al terminar, enseñó a Jennyck el mensaje, quien lo aprobó sin ninguna objeción.

Rhoda dejó el papel en la cámara. Casi en el mismo momento, entró el ama de llaves.

—Profesor, tiene una visita —anunció.

—Estoy ocupado —gruñó Jennyck.

Molly le entregó una tarjeta de visita,

—El señor Wolkney insiste en verlo —dijo.

Esperó, mientras Jennyck leía la tarjeta. Al fin, resignándose, el profesor dijo:

—Está bien. Hágalo pasar, señora Davis.

—Sí, profesor.

Jennyck se volvió hacia Rhoda.

—Es un tal Raymond R. Wolkney, abogado. No sé qué puede querer de mí —manifestó.

—Me iré... —empezó a decir ella, pero Jennyck alzó una mano.

—No, quédese.

Wolkney entró momentos después. Era un hombre de unos cincuenta años, delgado y de buena estatura, que llevaba un portafolios negro bajo el brazo izquierdo.

—¿Profesor Jennyck? Soy Raymond R. Wolkney, de la firma Hargisson, Doane y Wolkeney, de Newport News.

—Encantado, señor Wolkney —dijo el joven—. Le presento a la señorita Balms.

Wolkney dirigió a Rhoda una inclinación de cabeza, a lo que ella contestó de la misma manera. A continuación, el abogado extrajo unos documentos de su portafolios y miró a Jennyck.

—Profesor, ¿ha oído hablar alguna vez de Myron B. Reese? —preguntó.

—No, no tengo la menor idea. ¿Quién es ese tal Reese, señor Wolkney?

—El señor Reese murió hace sesenta y cinco años —contestó el abogado—. Poco tiempo antes de morir, contrajo matrimonio con una viuda, que tenía un hijo llamado Bill Jennyck. Éste casó al poco tiempo y tuvo un hijo llamado Abner.

—¡Mi padre! —exclamó el profesor.

—Exactamente —sonrió Wolkney—. Su padre de usted, fallecido el año pasado.

—Sí, es cierto.

—Bien, en ese caso, no cabe la menor duda de que usted es el único

heredero legal de los bienes de Myron B. Reese, puesto que pasaron a manos de su viuda y de ésta a su hijo Bill, al morir la señora Reese.

—Ahora recuerdo... Siendo yo niño escuché a mi abuelo cierta historia sobre la boda de su madre. Parece ser que no le agradó demasiado y como ya era mayorcito, en cuanto tuvo ocasión, se casó y se separó de su madre y su padrastro.

—Cierto, así ocurrió, según los documentos que tenemos,

—Pero yo no oí nunca que el esposo de mi bisabuela fuera rico.

—Según se mire —sonrió el abogado—. Puede que no fuera rico en dinero, valores bancarios u otra clase de bienes, pero sí poseía una extensión de terreno, que ahora le pertenece a usted, profesor. Casualmente, esa propiedad está situada a unos veintidós kilómetros al Oeste de Guildham. Su nombre es Kempstead Valley.

—Jamás había oído nada semejante —confesó Jennyck.

—Es probable, ya que su abuelo parecía resentido con la boda de su madre y, por otra parte, si supo algo de la herencia, no debió de concederle importancia, ya que en aquella época aquellos terrenos carecían prácticamente de valor.

—¿Lo tienen ahora?

Wolkney sonrió.

—La nueva autopista linda exactamente con las tierras. Se han levantado industrias y es una zona prometedora. Profesor, tiene usted una fortunita al alcance de su mano, solamente con que firme los documentos legales que ya he traído prevenidos.

—Vaya, esto sí que es un escopetazo —dijo Jennyck. Miró a la chica y sonrió—: Mira por dónde me voy a encontrar convertido en un hombre adinerado.

—Le felicito, profesor —dijo Rhoda.

Wolkney preparó los documentos sobre una mesa y sacó una pluma. Jennyck los leyó rápidamente y luego empezó a firmar.

—¿Qué habré de pagar de impuestos y otros derechos? —preguntó.

—Nada —contestó el abogado—. Reese dejó en el banco una pequeña suma, que su viuda no tocó, y con la cual y los intereses correspondientes se han ido abonando los impuestos durante todos estos años. Incluso puede que sobre un par de miles de dólares, pero ya le enviaremos una liquidación completa una vez finalizada la operación definitiva de traspaso de la propiedad.

—Me siento flotar entre nubes —declaró Jennyck, sonriendo—. Así que el nombre de esos terrenos es...

—Kempstead Valley —contestó el abogado—. Antiguamente tenían otro nombre, Four Hills Road, pero el señor Reese no le gustaba y por eso le puso a la propiedad el nombre actual.

Wolkney empezó a guardar las copias firmadas en su cartera sin darse cuenta de la estupefacción que aparecía en las caras de Jennyck y de Rhoda. Al terminar dijo:

—Ha sido un placer profesor. Señorita Balms...

CAPÍTULO VII

Silenciosamente sin causar el menor ruido, aunque sabía que no corría ningún peligro, Molly Davis se dirigió al laboratorio y puso en funcionamiento la máquina.

Al terminar las operaciones, se dirigió hacia la puerta y la abrió.

La cámara parecía desierta. Molly frunció el ceño. ¿Había ejecutado mal las operaciones de «tracción»?

De pronto, una silueta se corporizó ante sus ojos.

—¡Jules! —exclamó.

El hombre no se volvió siquiera. Tenía una pistola en la mano y disparó dos veces contra un enemigo invisible.

Luego gritó:

—¡Aprisa, John!

El otro hermano se hizo visible en el acto. Se disponía ya a cruzar la puerta cuando algo silbó agudamente y se le clavó en la espalda.

John lanzó un terrible grito y cayó de bruces a un paso del umbral.

—¡Los indios! —chilló Jules.

—¿Qué dices? —gritó Molly, espantada.

Jules se arrodilló junto a la entrada, pero situándose a un lado. Un salvaje apareció de repente ante los ojos atónitos del ama de llaves.

La pistola detonó tres veces seguidas. El indio se desplomó casi encima de John.

—¡Cierra, tía, por todos los diablos! —gritó Jules.

Molly empujó la puerta. Estaba lívida.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Se te fue la mano. A juzgar por lo que hemos visto, ni siquiera habían desembarcado los ingleses todavía en la costa oriental de los Estados Unidos. Creo que eran mohicanos los que nos atacaron, aunque no podría asegurarlo rotundamente.

Jules jadeaba.

—Hemos estado corriendo casi sin parar durante veinticuatro horas —dijo—. Por todas partes había indios... ¡Maldición! En esa época no puede haber ningún tesoro.

Molly empezó a serenarse.

—Ten cuidado un momento —dijo—. Hay que ver si podemos salvar a John.

—Está muerto —gruñó Jules.

Molly abrió un poco la puerta y miró al interior de la cámara. La

inmovilidad de los dos cuerpos era absoluta.

—John y el indio han muerto, en efecto —reconoció—. Jules, sólo podemos hacer una cosa.

—Largarlos de la cámara a... adonde sea, ¿no?

—Sí, justamente.

Con paso resuelto, Molly se encaminó al pupitre de mando y actuó en los controles durante unos minutos. Luego volvió a la puerta y miró hacia adentro por una rendija.

—Ya no están —exclamó, aliviada.

Cerró y se apoyó en la puerta.

—Ahora te daré de cenar, Jules —dijo—. Estás muy pálido.

—Imagínate. Ya creía que esos tipos me iban a arrancar la cabellera... ¿Es que no vamos a tener otro medio de encontrar el tesoro que viajando en este maldito artefacto?

Molly se mordió los labios.

—Four Hills Road es ahora Kempstead Valley —dijo—. Y lo peor de todo es que tiene dueño.

—¿Quién es?

—El profesor. Ha resultado ser el propietario de Kempstead Valley por herencia.

—Vaya —respondió Jules—. Esa sí que es una noticia. Tía, ¿no podríamos ir en busca del tesoro directamente, es decir, en esta época, y no viajando al pasado?

—No he estado en Kempstead Valley —confesó la mujer—. Nunca supe dónde estaba Four Hills Road y, la verdad, no se me ocurrió que alguien podría saberlo en Guildham.

—Pero ahora ya sabemos dónde está. Yo iré mañana y exploraré el terreno en mi época. Después, según lo, que vea, volveré a usar la máquina... o empezaré a cavar pasado mañana. ¿Entendido?

—Desde luego, querido sobrino. —Fríamente, sin mostrar ninguna emoción, Molly dijo—: Siento lo del pobre John.

Jules hizo un gesto con la mano.

—¡Bah! Ni él ni yo nos llamamos Rivers ni éramos hermanos... ni sobrinos tuyos —contestó desabridamente—. Pero los negocios son los negocios.

—Es cierto —sonrió Molly.

—Y ahora, en lugar de una tercera parte, tendré la mitad, ¿no?

Molly hizo un signo con la cabeza. Luego, con lentos ademanes, se quitó la peluca de cabellos grises y levantó una máscara adosada al rostro como una segunda piel.

La máscara era la fiel reproducción de las facciones de una mujer de unos cincuenta años, con algunas arrugas y papada. Debajo apareció la cara

de una mujer de treinta años, de piel blanquísima y cutis extremadamente fino.

—Jules, a veces me siento harta de desempeñar el papel de la virtuosa señora Davis —dijo.

Jules sonrió mientras se acercaba a ella con los brazos extendidos.

—Ahora desempeñarás el papel de la auténtica Molly Davis —dijo. Pero antes de besarla se sintió acometido repentinamente por ciertos escrúpulos—. ¿No habrá peligro, Molly?

Ella movió la cabeza significativamente.

—Duermen como angelitos —contestó. Y buscó los labios del hombre, sin acordarse ambos ya del muerto.

* * *

Silbando alegremente, Joe A. Jennyck entró en el laboratorio y se encaminó sin titubeos a la puerta de la cámara. Abrió y vio el papel caído en el suelo.

Se inclinó para recogerlo. El mensaje de la muchacha continuaba intacto.

De pronto, se estremeció.

Una intensa palidez cubrió sus facciones. ¿Qué eran aquellas manchas redondas que había en una de las esquinas del papel?

Cerró la puerta y buscó una luz para examinar mejor las manchas. Sintió un frío espantoso al comprobar sus sospechas.

«Sangre», se dijo.

¿Habían sufrido algún accidente el padre o el abuelo de la chica?

Rhoda se impresionaría muchísimo al ver la sangre. Era preciso evitarle un mal rato.

Tras algunos segundos de rápida reflexión, Jennyck quemó el papel y preparó otro con un mensaje análogo, imitando como pudo la firma de la chica. Luego dejó el papel a dos metros de la cámara, en cuyo suelo divisó también algunas manchas de sangre, que limpió convenientemente.

Estaba preocupadísimo. ¿Quién había sido herido en la femara?

La respuesta estaba en una sola parte: en el localizador geográfico, que les permitiría viajar en rescate de los dos hombres perdidos al lugar exacto donde estos se hallaban.

«Cuando sepamos dónde están», pensó.

Era extraño. El primer mensaje había desaparecido, pero, ¿por qué no habían dejado su respuesta?

Se acercó al tablero de dibujo e inició su trabajo, pero las cosas no le salían bien. Le costaba mucho concentrarse y aquella era una labor que exigía una plena dedicación de su mente.

Poco a poco, sin embargo, consiguió adentrarse en la tarea y el trabajo progresó. Una hora más tarde, Rhoda se asomó al laboratorio.

—Buenos días, profesor —saludó amablemente.

Jennyck volvió la cabeza y sonrió.

—Hola, Rhoda, buenos días. ¿Cómo se encuentra?

—Perfectamente. ¿Ha visto usted a la señora Davis?

—No. Supongo que andará por la casa... quizá por la cocina...

—No, no está. La he llamado y no contesta.

—Entonces es que ha ido al pueblo a encargar la compra de víveres.

Rhoda le dirigió una brillante sonrisa.

—Sí, eso debe de ser —convino—. Bueno, no me costará mucho prepararme yo misma el desayuno. Desde que vine aquí, estoy entregándome a la molicie y a la vagancia más contumaces. Esto de no dar ni golpe no me conviene, profesor.

—¿Teme engordar? —preguntó él, riendo.

—Temo perder la costumbre de trabajar —rió ella. Y se alejó con su vivacidad habitual hacia la cocina.

Jennyck reanudó su trabajo. Mientras, Rhoda trasteaba para prepararse el desayuno.

Una de las veces necesitó sal y se acercó a la alacena de estantes para coger el bote correspondiente. Al hacerlo, la alacena se movió ligeramente.

Intrigada, miró por uno de los costados y la vio ligeramente despegada del muro. Empujó ligeramente con la mano y la estantería giró fácilmente.

Asombrada, Rhoda contempló la pantalla de televisión oculta tras la alacena. Después de algunos segundos de vacilación, dio media vuelta al interruptor y esperó.

La pantalla se iluminó a los pocos segundos, presentando una visión casi completa del laboratorio. Jennyck estaba de espaldas al objetivo, trabajando afanosamente sobre su tablero de dibujo.

El lápiz se le cayó de pronto al suelo y soltó un taco, que fue percibido directamente por la muchacha. Rhoda se echó a reír y estuvo a punto de decir algo al profesor, pero se contuvo, pensando en que lo mejor era dejar que continuase con su trabajo.

Apagó la pantalla y volvió la alacena a su sitio. Luego terminó de desayunar.

Entonces se dio cuenta de que no sabía qué hacer. La señora Davis no había regresado todavía.

Fue a la sala y estuvo leyendo un rato. Pero no podía concentrar su vista en las páginas del libro que tenía abierto ante sí. Se levantó y empezó a pasear, pero, de pronto, oyó un crujido en su ropa.

Se había enganchado la falda con el saliente de un mueble, produciéndose un pequeño siete. Torció el gesto, diciéndose que debería

cambiarse de ropa inmediatamente.

Subió al piso superior y pasó por delante de la puerta del dormitorio del ama de llaves. Sin saber cómo, se le ocurrió abrir la puerta. «Quizá esté indispuesta, pensó. En ese caso, yo me haría cargo de los trabajos domésticos...»

Pero el dormitorio estaba vacío. Rhoda divisó algunas prendas femeninas sobre una silla.

Frunció el ceño. Eran prendas íntimas, muy ligeras y vaporosas, de gran elegancia.

«Vaya con la señora Davis, usar estas cosas a su medio siglo largo de edad», se dijo.

Aquellas prendas no parecían las más convenientes para una mujer más que madura, pero, a fin de cuentas, pensó la muchacha, la señora Davis podía tener ciertos caprichos y si disponía de dinero para sufragárselos, ¿quién se lo iba a impedir?

CAPÍTULO VIII

Apoyada en una pared próxima, con los brazos cruzados sobre el pecho, Rhoda contemplaba los trabajos del profesor. Una de las veces, Jennyck levantó los ojos, la miró y sonrió.

Ella dijo:

—Me gustaría poder ayudarle, profesor.

—Es una tarea muy complicada, Rhoda.

—Ya me lo imagino. ¿Le falta mucho?

—A mi entender, un par de días. Luego, naturalmente, vendrá la construcción del aparato y la prueba correspondiente.

—Una semana más.

Jennyck hizo un gesto ambiguo.

—Aproximadamente —contestó.

Rhoda tenía la barbilla apoyada en una mano.

—Se me está ocurriendo una idea —dijo.

—¿Sí? —contestó él, con la vista fija en el tablero.

—Usted ha heredado Kempstead Valley. Ahora es una propiedad importante.

—Según los documentos, sí, desde luego.

—Pero usted no la conoce siquiera.

—No, no he estado allí jamás.

—Joe... ¿me permite que le llame así?

—Claro, Rhoda—sonrió el profesor.

—Bien, la idea que se me acaba de ocurrir es la siguiente: ¿Por qué no vamos a echar un vistazo a Kempstead Valley? A fin de cuentas, hace sesenta y cinco años, se llamaba Four Hills Road.

Jennyck asintió pensativamente.

—Se supone que el tesoro está allí —murmuró.

—Cierto —convino la chica, un tanto excitada—. Y es algo que no se mueve, que continúa sobre el terreno. Sigue en el mismo sitio a través de los años... dondequiera que sea el lugar en que esté escondido. ¿No le perece, Joe?

—Sí, Rhoda —asintió él. Consultó su reloj—. Pero ya es tarde. Haremos mañana esa excursión, si no tiene inconveniente.

—Ninguno —accedió la chica, sonriendo—. Y, de paso, a usted le sentará bien airearse un poco el cerebro. Lleva demasiado tiempo metido en este agujero y eso no es bueno para la salud.

—Creo que tiene razón —contestó él —. Un día más —añadió—,

pocos perjuicios puede ocasionar a mi labor..., aunque lo cierto es que tengo ganas de terminar para ver si podemos rescatar a su padre y su abuelo.

Rhoda suspiró.

—No sé qué les pasará —dijo—. ¿Tan difícil les resulta poner cuatro letras en un papel? ¿Por qué no completaron el mensaje, Joe?

—Quizá ocurrió algo que se lo impidió.

—Sí —murmuró ella con voz apagada—. A veces ocurren cosas así: una está escribiendo una carta y la interrumpen y deja la escritura a mitad...

Por mutuo acuerdo, si bien no expresado, dejaron el tema. Rhoda se marchó del laboratorio y Jennyck continuó su trabajo.

A la mañana siguiente, tras el desayuno, subieron al coche de Rhonda, guiado por ella misma, e iniciaron su viaje a Kempstead Valley, lugar al que llegaron media hora más tarde.

Unos viejos postes, caídos muchos de ellos, señalaban los límites de la propiedad. La autopista, por debajo de la cual habían cruzado al final del viaje, rebosaba de vehículos que iban y venían velozmente en todas direcciones.

Los terrenos estaban en un completo abandono. Crecían las hierbas libremente y abundaban los árboles, sobre todo, hacia la parte central y situada a un nivel más bajo, por la que corría un arroyo de cierto caudal.

—Pues no está nada mal —comentó Rhoda—. Con un poco de cuidado, esto se podría transformar en una floreciente propiedad.

—Y construir una granja —sonrió él.

—No sería la peor idea, créame. Hay abundancia de agua y de árboles... ¡Pero, mire, las cuatro colinas están allí!

La mano de la chica señalaba hacia el horizonte, donde, situadas en hilera, se divisaban cuatro lomas de crestas redondeadas, cerrando el valle por el lado Oeste. Jennyck sacó uno de los documentos de propiedad y consultó sus indicaciones unos momentos.

—Las colinas señalan la linde occidental —dijo al cabo.

—¡Hola! —exclamó—. No se podrá quejar, Joe; hay más de dos kilómetros de distancia. Significa un montón de hectáreas de extensión.

—Algo más de cuatrocientas en total —puntualizó él.

—Es usted un hombre rico, Joe, no caben dudas. Oiga —exclamó Rhoda de pronto—, ¿qué es aquello que se ve al fondo, entre los árboles? Parece una casa...

—Es una casa —confirmó él.

—Y como está en el valle, es suya. ¿Vamos a verla? —propuso Rhoda entusiasmada.

Jennyck asintió. De pronto, sintió algo húmedo en la mejilla.

Levantó la vista al cielo.

—Va a llover —pronosticó.

* * *

El coche se detuvo frente a la casa, compuesta por planta, piso y un ático de tejado muy inclinado, de pizarra gris, donde faltaban muchas placas que permitían ver oscuros agujeros que causaban una desagradable impresión de abandono y desidia.

El edificio se hallaba en un pésimo estado. Faltaban la mayoría de los cristales y más de una ventana colgaba de sus goznes, próxima a caerse en cualquier momento. Las hierbas abundaban por todas partes, incluso surgiendo entre los peldaños de la escalera que conducía a la entrada.

Llovía cada vez con más fuerza. El cielo estaba sumamente encapotado y de cuando en cuando las nubes reventaban en silenciosos relámpagos que disipaban por unos segundos la penumbra producida por la ocultación del sol.

Jennyck y Rhoda subieron la escalera corriendo y entraron en la casa. La puerta estaba caída en el suelo, derribada por un golpe de viento tal vez. El interior del edificio mostraba un abandono análogo al exterior.

—De modo que esta es la casa del viejo Reese —dijo Rhoda, agitando la melena para sacudirse las gotas de lluvia adheridas a sus cabellos.

—Así parece —contestó Jennyck.

—¿Estará aquí el tesoro?

—¡Hum!

—¿Lo duda, Joe?

—¿Y si no fuese más que una fantasía?

—Podríamos probar a ver si lo encontramos, ¿no le parece?

Jennyck sonrió ante la juvenil impaciencia de su acompañante.

—En primer lugar, no sabemos dónde está, suponiendo que, de verdad, exista tal tesoro; y en segundo, al ignorar ese dato, tendríamos que empezar, por lo menos, levantando las tablas del suelo... o reventando los muros...

—¡Mire, allí hay una puerta! —exclamó Rhoda de súbito—. ¡Vamos a ver qué hay al otro lado!

Un espantoso trueno sacudió la casa. El viento golpeaba las ventanas con furia.

—A tiempo nos hemos refugiado aquí —rezongó Jennyck, siguiendo tras los pasos de la chica.

Rhoda abrió la puerta y divisó un gran salón, en el que todavía quedaban algunos muebles desvencijados y con la tapicería podrida por el abandono. En el centro, adosada a la pared, había una gran chimenea de piedra.

Jennyck se acercó a la chimenea. Rhoda encontró uno de los atizadores y empezó a golpear la repisa, pero no consiguió captar ningún sonido que indicase la existencia de un hueco.

—¿Qué me dice bajo las losas del hogar? —sugirió, momentos después.

—Están sólidamente enclavadas. Necesitaríamos herramientas especiales que ahora no tenemos... y francamente, yo prefiero continuar mis trabajos antes de iniciar la búsqueda de algo tan problemático como un tesoro que acaso termine en una fantasía.

—Es verdad —admitió Rhoda, mordiéndose los labios —. ¿Le parece que miremos el piso superior? De todas formas, no tenemos prisa. ¡Está lloviendo a cántaros!

Jennyck dirigió la vista hacia la ventana. Sí, Rhoda tenía razón.

Era un verdadero diluvio el que caía. Hasta tal punto, que resultaría peligroso emprender el regreso con un tiempo semejante.

De cuando en cuando brillaba un relámpago y ahora ya no eran silenciosos, sino que producían unos truenos fragorosos, que hacían retemblar la casa hasta los cimientos.

Una casi total oscuridad se había producido como consecuencia de la tormenta. El ambiente era deprimente, tenebroso.

En silencio, salieron del salón y emprendieron el ascenso al piso superior. Las maderas estaban podridas en la mayor parte de los sitios y crujían amenazadoramente. Jennyck y Rhoda temían precipitarse por algún hueco imprevisto en cualquier momento.

Llegaron al piso superior y miraron a derecha e izquierda, dudando acerca del camino a seguir. Rhoda fue la primera en decidirse.

—No importa —exclamó—; a fin de cuentas, lo vamos a mirar todo. Empecemos por esta puerta.

Era la del dormitorio más próximo al arranque de la escalera. Hizo girar el pomo y empujó.

Inmediatamente lanzó un agudo chillido, que hizo dar un bote al profesor.

—¡Rhoda! ¿Qué pasa?

Ella tendió una mano hacia el interior del dormitorio.

—¡Mírelos, Joe! ¡Están muertos!

* * *

Jennyck se sobresaltó al oír aquellas palabras. Dio un salto hacia adelante y agarró a la chica por un brazo.

—Apártese, Rhoda.

Ella obedeció, temblando a causa del susto recibido. Jennyck cruzó el

umbral y parpadeó, atónito, a causa del espectáculo que estaba contemplando.

—Pero estos no son...

—¡Claro que no son! —exclamó Rhoda—. ¿Creía que se trataba de mi padre y de mi abuelo!

—Hombre, usted no especificó más detalles.

Había dos cuerpos tendidos en el centro del vacío dormitorio, uno de los cuales tenía una flecha clavada en el centro del pecho. El otro...

—¿Estoy viendo visiones? —se preguntó Jennyck, pasmado.

Avanzó unos pasos y se arrodilló junto al cadáver del indio, en cuyo pecho vio las huellas de varios balazos. Rhoda, ya repuesta, estaba a su lado, inclinada, con las manos apoyadas en las rodillas.

—Nunca había visto una clase de indio como éste —dijo.

—Pertenece al siglo XVII, probablemente un mohicano —calculó Jennyck.

—Pues el otro no es ningún mohicano —exclamó la chica—. Al menos, si juzgamos por sus ropas...

Jennyck contempló el otro cadáver, situado a tres pasos de distancia. Un súbito estremecimiento sacudió de pronto su cuerpo.

—¡Es John Rivers, el sobrino del ama de llaves! —exclamó.

CAPÍTULO IX

El fragor de un trueno hizo vibrar los pocos cristales que aún quedaban sanos. Un gritito de susto se escapó inconteniblemente de los labios de Rhoda.

Luego repitió:

—John Rivers.

—Sí, el mismo, pero, ¿cómo demonios ha venido a parar aquí?

—Lo más intrigante de todo no es que esté aquí, sino en compañía de un mohicano que vivió hace más de trescientos años, Joe.

—Es verdad —convino Jennyck pensativamente—. ¿Cómo diablos ha podido ocurrir una cosa semejante?

—Oiga, ¿no se les habrá ocurrido a los sobrinos de la señora Davis trastear en su aparato?

—¿Por qué iban a hacerlo? No lo saben manejar... y no tienen motivos tampoco para emplear mi máquina.

—Quizá la tía —sugirió Rhoda.

Jennyck se echó a reír.

—¿Molly Davis? Oh, por favor, no diga tonterías... Perdóneme, se me escapó sin querer, Rhoda.

—No se disculpe, Joe; en su lugar, cualquiera pensaría lo mismo. Pero ella ha podido aprender viéndole trabajar a usted.

—No estaba en el laboratorio cuando yo trabajaba—contradijo él—. Sólo entraba para anunciarme visitas y para avisarme que las comidas estaban dispuestas.

—Pero usted olvida el televisor, Joe.

Jennyck puso cara de tonto.

—¿Qué televisor? —preguntó.

—¡Hombre de Dios! Me refiero al que la señora Davis tiene en la cocina, tras la alacena de las especias, por medio del cual se pone en contacto con usted para no entrar en el laboratorio.

El profesor se sentía aturdido.

—¿Un televisor en la cocina, tras la alacena? Rhoda, ¿no lo habrá soñado usted?

—Le digo que es verdad. Ayer mismo lo vi yo y lo hice funcionar. Precisamente se le cayó a usted un lápiz al suelo y soltó un par de palabrotas poco académicas.

—Sí, es cierto —concordó Jennyck, con el ceño fruncido—. Un televisor...—repitió.

—Claro, un circuito cerrado para comunicarse ambos, ¿no?

—Rhoda, yo jamás he instalado una cosa semejante en mi casa.

Ella se quedó parada.

—¿Habla en serio, Joe?

—Absolutamente —corroboró él con rotundo énfasis.

—Pero esto... No lo comprendo, sinceramente. Eso significa que ese televisor... ¡lo instaló Molly para espiarle a usted!

—Así debe de ser. Y permítame que le diga que, dentro de la lástima que me dan estas muertes, me alegro que la sangre que vi no sea de su padre ni de su abuelo.

—¿Cómo? ¿Qué está diciendo, Joe?

—Encontré manchas de sangre en su mensaje y en el suelo de la cámara, pero no le quise decir nada, para no alarmarla. Esas manchas debían de ser de estos dos pobres desgraciados.

—Y usted temía que mi padre...

—Sí. Lo siento, Rhoda, pero me pareció más prudente no alarmarla.

Ella reflexionó unos momentos.

—Joe —dijo al cabo—, ¿es que la puerta no se puede abrir desde el interior de la cámara?

—Si fuera así, su padre y el doctor Lowson habrían vuelto ya a nuestra época, regresando desde dondequiera que estén ahora.

—Comprendo. Joe, una pregunta —exclamó ella de pronto.

—Sí, diga.

—¿Cuánto tiempo lleva Molly Davis con usted?

—Casi cinco años —contestó Jennyck.

—¿Sabe usted los años que tiene?

—¡Hombre! —El profesor se echó a reír—. Nunca me pareció correcto preguntárselo y ella, por otra parte, tampoco dijo nada al respecto.

—Pero usted calcula que tiene más de cincuenta años.

—Eso parece. Tiene ya el pelo gris y arrugas en la cara... y algo de papada...

—Y usa ropa interior propia de una mujer con veinticinco años menos. ¿Le parece lógico?

Jennyck se quedó parado.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Tengo motivos para saberlo —respondió Rhoda—. Dígame, ¿le parece normal que una mujer que ya no tiene que esperar nada en la vida, al menos en determinados aspectos, vista interiormente como una jovencita, con prendas vaporosas y sugestivas, como las que se ven en los anuncios de lencería en las revistas?

—Quizá es una especie de consuelo...

—No me venga con aspectos psicológicos del asunto: la mujer madura

que no se resigna a perder la juventud y busca alargarla siquiera sea ante sí misma y en apariencias íntimas. Esas prendas de ropa esconden algo y no solamente un cuerpo humano.

—¿Qué esconden, pues?

—Una mujer mucho más joven, Joe.

—¡Rhoda! ¡No diga disparates! Pero, ¿cómo puede ser la señora Davis mucho más joven, cuando tiene el pelo entrecano...?

—Hay pelucas, Joe.

—¿Y la cara?

—Hay máscaras —dijo Rhoda, inflexible.

—Bien, ¿y cuál es la causa de esa simulación?

—El tesoro.

Jennyck hizo un gesto de impaciencia.

—Rhoda, supongamos que Molly oculta la edad Es joven y guapa, pero quiere parecer una mujer madura. ¿Por qué no vive según su aspecto normal?

—Por ocultarse, claro.

—Oiga, si fuese joven y guapa, ¿no cree que le habría dado más resultado conquistarme?

—¿Habría usted admitido a una mujer joven y hermosa como ama de llaves? Usted quería seriedad, diligencia y eficiencia en la casa. Ordinariamente, un solterón como usted piensa que esas cualidades no las tiene una chica joven, ¿verdad?

—Rhoda —sonrió él—, me está poniendo las cosas muy difíciles.

—Trato de hallar argumentos que expliquen el misterio, partiendo de hechos conocidos —respondió ella.

—Sí, pero no lo explican.

Retumbó otro trueno. La lluvia continuaba cayendo de modo torrencial.

—Empiezo a preocuparme —dijo Rhoda.

—Vamos abajo —propuso él—. Esperaremos a que pase la tormenta.

—El salón es un buen sitio —sugirió Rhoda.

—Sí. Incluso podemos encender fuego. Sobra leña —dijo Jennyck riendo.

Salieron del dormitorio y se dirigieron hacia la escalera. Se hallaban ya a la mitad del descenso, cuando, repentinamente, brilló una luz vivísima a la vez que se dejaba oír un tremendo estampido.

Rhoda gritó, pero el fragor del trueno ahogó su voz. Jennyck se tambaleó, sintiéndose terriblemente aturdido.

«Ha caído un rayo en la casa», pensó, antes de que todo empezara a girar vertiginosamente a su alrededor.

Y luego, casi sin transición, la oscuridad cayó sobre los dos jóvenes.

* * *

Jules Rivers asomó la cabeza por la puerta de la cocina y lanzó un corto silbido.

—Hola, guapa.

Molly se volvió y sonrió.

—No me lo digas con esta pinta —contestó.

—Te disfrazas muy bien, hay que reconocerlo.

—Sí, pero para ti no vale el disfraz, en según qué ocasiones.

—Suerte que tiene uno —rió Jules—. ¿Algo nuevo?

—No, nada por ahora.

—¿El profesor?

—Salió con la huésped después del desayuno. Dijeron que se iban a hacer una visita a Kempstead Valley.

—¿El sitio donde se supone enterrado el tesoro?

—Sí

Jules se acercó a la ventana y miró a lo lejos.

—¡Hum! Veo el cielo muy cerrado. Menuda tormenta debe de estar cayendo por allí.

—La radio anunció mal tiempo, aunque aquí no ha llovido todavía. ¿Cómo te encuentras para repetir la experiencia, Jules?

El hombre hizo una mueca.

—No demasiado animado —gruñó—. Molly, se te fue la mano en más de tres siglos.

—Lo siento —se excusó ella.

—Los indios nos querían despellejar. Pasamos muy mal rato, créeme.

—Me lo imagino. ¿No quieres repetir?

Jules vaciló.

—Esta vez iré mejor armado —contestó—. He traído una pistola ametralladora y un par de bombas de mano.

—Eres previsor —sonrió ella, mientras se secaba las manos con el delantal antes de quitárselo—. ¿Vamos? —propuso segundos después.

Jules dio unos cuantos pasos, pero se detuvo súbitamente.

—¿Molly?

—¿Qué quieres, Jules?

—¿Cuánto tiempo voy a estar... allí? —preguntó el hombre.

—Veinticuatro horas. ¿Te parece mucho?

—La última vez me parecieron veinticuatro siglos.

Ella reflexionó unos instantes.

—Está bien —dijo a poco—. Son las nueve y media de la mañana. Te recogeré a las doce de la noche, cuando el profesor y la chica estén durmiendo.

—Eso ya suena mejor —contestó Jules, sumamente aliviado.

Los dos juntos se dirigieron hacia el laboratorio. Molly se acercó al pupitre de control.

—Voy a ajustarlo al momento actual —dijo.

Mientras, Jules revisaba su armamento. Al cabo de unos momentos, dijo:

—Listo, Molly.

—Muy bien. Abre, Jules.

El hombre se acercó a la puerta y la abrió. Un gesto de sorpresa se dibujó en su cara al ver lo que había al otro lado de la abertura.

Dos personas le miraron con cara no menos asombradas. Jules lanzó un chillido, a la vez que ponía horizontal el cañón de su metralleta:

—¡Molly, Molly! ¡Sácalos de aquí! ¡Envíalos al infierno, pronto!

El ama de llaves se volvió y, durante unos segundos, se quedó petrificada de asombro.

—¡Cielos, el profesor y Rhoda Balms! —exclamó.

Jules amenazó a la pareja con la metralleta.

—¡Atrás, atrás o disparo!

Jennyck se disponía a salir de la cámara, pero la vista del arma le obligó a desistir sus proyectos. Casi en el acto, la puerta se cerró de golpe.

—¡Lárgalos al diablo, Molly! —chilló Jules descompuestamente.

El índice del ama de llaves presionó una tecla a fondo. Luego corrió hacia la puerta y puso la mano en el pomo.

—Voy a abrir —dijo—. Si están todavía en la cámara, dispara.

Jules asintió. Molly abrió la puerta.

El arma permaneció silenciosa. La cámara estaba vacía.

CAPÍTULO X

La oscuridad les envolvía. Jennyck se sentía flotar en un mar de turbulentos oleajes, que les zarandeaban con indescriptible violencia.

¿Era aquello lo que se sentía después de haber sido víctimas de un rayo?

Un extraño fragor resonaba continuamente en torno a la pareja. Volaban en un ambiente de gris oscuridad, donde no había formas definidas y en el que no se divisaban detalles de ninguna clase que les ayudaran a orientarse. De pronto, el ruido y los giros empezaron a atenuarse.

Jennyck cayó por tierra y rodó un par de veces sobre sí mismo. Luego, casi en el acto, oyó un pequeño grito.

—¡Rhoda!

—Estoy aquí, Joe —contestó la chica.

Jennyck tanteó con la mano y agarró uno de los brazos de Rhoda.

—Menos mal que no nos hemos separado —exclamó, aliviado.

Ella se sentó en el suelo.

—¿Dónde estamos, Joe?

—Eso es lo que yo querría saber —contestó él—. Estábamos en la casa vieja de Kempstead Valley y cayó un rayo.

—Lo recuerdo. Pero, ¿qué ha pasado después?

—No tengo la menor idea. ¿Siente usted algún daño corporal?

—No, en absoluto. Me encuentro bien... sólo que no veo nada absolutamente. —Rhoda se estremeció—. Joe, ¿no estaremos muertos?

—¡Cielos, no me ponga los pelos de punta! —exclamó él.

—Entonces, ¿dónde estamos? —dijo Rhoda con acento gemebundo.

Bueno... espere un momento. Voy a encender una luz.

Jennyck sacó un fósforo y paseó la vista a su alrededor.

Un agudo grito se escapó de sus labios.

—¡Rhoda! ¡Estamos en la cámara de mi máquina!

—¿Qué? ¿Estás seguro, Joe?

Él se puso en pie de un salto. La cerilla se apagó y encendió otra.

—Sí, el rayo cayó o no cayó en la casa, pero coincidió con el momento de tracción. Rhoda, la máquina nos ha trasladado instantáneamente hasta el laboratorio.

—Pero no de una manera automática, Joe.

El segundo fósforo se apagó. Jennyck encendió otro.

—No, claro que no; no puede funcionar automáticamente —contestó.

Y en aquel momento, se abrió la puerta.

Un hombre apareció ante los asombrados ojos de la pareja.

Era Jules Rivers. A Molly se la veía al fondo, manipulando en el pupitre de control.

Jules empezó a chillar. Molly giró la cabeza, alarmada.

Jennyck reaccionó, tras los primeros instantes de sorpresa. Quiso lanzarse hacia la salida, pero la pistola ametralladora de Jules le frenó en seco.

—¡Atrás, atrás o disparo!

El profesor retrocedió un par de pasos. Jules pegó una patada a la puerta y la cerró de golpe.

La oscuridad envolvió nuevamente a la pareja. Rhoda se sentía abrumada.

—¡Oh, Joe! ¿Qué van a hacer ahora con nosotros? —exclamó.

Jennyck no tuvo tiempo de contestar. Un vivísimo relámpago les deslumbró de pronto, a la vez que oían un fragoroso trueno.

* * *

Una fuerza irresistible los arrojó por tierra. Jennyck y Rhoda dieron unas cuantas volteretas sobre un suelo herboso y al final se detuvieron, aturdidos y mareados, pero sin daño físico.

Jennyck hizo un esfuerzo y se sentó en el suelo.

—¿Cómo se encuentra, Rhoda? —preguntó.

Ella se pasó una mano por la frente.

—Un poco mareada, Joe... ¿Dónde estamos? —exclamó de repente.

Jennyck paseó la mirada por los alrededores. De repente, dejó escapar un grito de asombro.

—¡Mire, Rhoda, la casa de Kempstead Valley!

Ella volvió la cabeza. Sus ojos se dilataron.

La casa estaba allí, nueva, flamante, casi reluciente, en medio de un jardín bien cuidado, en el que abundaban las flores de todas las clases y con la fresca sombra de numerosos árboles de frondosa copa.

—Increíble —murmuró Rhoda, pasmada.

Lucía un sol radiante.

—¿Sabe lo que sospecho, Joe? —dijo ella, al cabo de unos minutos.

—Lo mismo que yo —contestó Jennyck—. Las manipulaciones de Molly nos han devuelto a Kempstead Valley... pero haciéndonos retroceder en el tiempo muchos años.

Se puso en pie y ayudó a la muchacha a levantarse. Lentamente, en silencio, avanzaron hacia la casa.

Había una mujer de mediana edad, sentada en un banco en el jardín, tejiendo con un par de agujas de hacer media. Jennyck y Rhoda se

detuvieron, ocultos tras el tronco de un grueso castaño.

El vestido de la mujer estaba pasado de moda. Rhoda musitó:

—Me parece que sé quién es, Joe.

—Mi bisabuela.

—Sí, la misma. ¿Llegó a conocerla?

—No. Murió un año antes de mi nacimiento.

Jennyck se estremeció.

Estaba viendo «vivir» a una persona que había sido enterrada treinta y cinco años antes. Se preguntó si Martha Reese podría verles.

Volvió la cabeza y miró a la muchacha.

—Voy a hacer una prueba —dijo.

Ella le comprendió sin necesidad de más palabras. Jennyck salió a terreno descubierto y caminó unos cuantos pasos.

La dama no mostró señales de haberles visto. Jennyck tosió con fuerza.

Martha Reese no se inmutó siquiera.

—No oye... ni tampoco nos ve —dijo Rhoda—. ¿Por qué?

—La respuesta es fácil. Estamos en un plano temporal distinto al de ella.

—Pero John y Jules se tropezaron con unos mohicanos...

—Debe de tratarse de alguna deficiente utilización de la máquina —explicó él—. Pese a todo, Molly no es una experta. No lo soy yo, de modo que imagínese lo que podrá hacer el ama de llaves.

—Sí, fastidiarnos enviándonos a setenta años más atrás —se quejó Rhoda.

—No es lo malo que estemos viviendo setenta años antes de nuestra época, sino que no sé cómo nos las vamos a arreglar para volver.

—Usted encontrará alguna solución —dijo Rhoda confiadamente—. Y ahora, ¿qué hacemos?

Jennyck extendió la mano de pronto. Un hombre acababa de asomarse al jardín por una de las ventanas de la planta baja.

Era un sujeto de edad, con el pelo completamente blanco. Tenía una expresión taimada y sus ojos contemplaban a la mujer con malicia.

—Debe de ser el dueño de la casa —apuntó Rhoda.

—Sí, el señor Reese. Pero, ¡vaya una manera de mirar a la propia esposa!

Reese desapareció de pronto de la vista de los dos jóvenes.

—¿Vamos a ver lo que hace? —propuso Rhoda.

Jennyck agarró su mano y los dos corrieron juntos hacia la casa. Al llegar a la puerta, Jennyck quiso abrirla, pero, asombrado, observó que su mano «pasaba al otro lado», en lugar de detenerse en el picaporte.

Se volvió hacia la muchacha.

—Rhoda, no estamos en la misma dimensión —exclamó.

Ella dio dos pasos y «atravesó» la puerta como un ente incorpóreo.

—¡Es fantástico! —exclamó.

Jennyck la siguió en el acto.

—Pellízqueme, Rhoda —pidió.

Ella obedeció en el acto. Jennyck lanzó un chillido.

—¡No tan fuerte!

—¿Le he hecho daño? —sonrió la chica.

Jennyck se frotó el brazo.

—No hay duda. Usted y yo estamos en el mismo plano espacio temporal, pero enteramente distinto al de los Reese.

—¿No será porque la influencia de la máquina actúa todavía sobre nosotros? —sugirió Rhoda.

—Tal vez —admitió él—. Hay tantas cosas inexplicables en esta clase de experimentos...

De pronto vieron a Reese bajar casi corriendo del piso superior con una caja de madera, negra y plana, que llevaba sujeta bajo el brazo izquierdo. El anciano corrió hacia la ventana, se asomó un instante y se retiró rápidamente, meneando la cabeza de un modo peculiar.

Rhoda agarró el brazo de Jennyck.

—El tesoro, Joe —exclamó.

—¿Usted cree?

—Sí. Corramos tras el señor Reese.

Jennyck aceptó la propuesta. Reese había entrado en el salón y estaba arrodillado junto a la base de la chimenea.

—¿Por qué esconde el tesoro? —murmuró Rhoda.

—Hay una explicación —contestó Jennyck.

—¿Y es...?

—Reese y mi abuelo, es decir, su hijastro, no congeniaron. Por tanto, Reese no quiso que al morir él, mi abuelo pudiera aprovecharse de su fortuna.

—¡Mire—exclamó ella de pronto—; está abriendo la caja!

El anciano contemplaba el contenido de la caja, que tenía el aspecto de una moderna cartera de negocios, de forma rígida. Jennyck se quedó pasmado al ver lo que contenía la caja.

Reese apretó la mano derecha contra el ángulo inferior de la base de la chimenea, que sobresalía cosa de veinte centímetros de la vertical de la repisa. Una gran losa de piedra giró sin hacer ruido, dejando ver un hueco de regular profundidad, en el que depositó la caja.

Acto seguido, Reese hizo que todo quedara con su aspecto primitivo. Se puso en pie y habló algo que la pareja no pudo comprender.

Movía los labios pero no le oían.

—Se refiere a mi abuelo, sin duda. Debe de estar diciendo que no se



aprovechará de su fortuna cuando haya muerto —apuntó Jennyck.

—Sí, eso es. Pero no me parece una actitud muy cuerda.

—Vaya usted a saber. Quizá se está arrepintiendo ahora de haberse casado con mi bisabuela.

—Es lo más probable —convino Rhoda—. Bien, Joe, ahora ya sabemos dónde está el tesoro. Lo difícil será volver a una época donde nos encontremos en la misma dimensión que las cosas que nos rodean.

Jennyck se mordió los labios.

—Sí, resultará difícil —murmuró con acento pesimista—. Sobre todo, si consideramos que al otro lado de la puerta está la señora Davis.

CAPÍTULO XI

Un viejo Ford T modelo 1915 pasó traqueteando por el camino. Jennyck y Rhoda se apartaron instintivamente, a pesar de que sabían que el artefacto no podía causarles el menor daño.

—¿Adónde vamos ahora, Joe? —preguntó ella.

—Se me ha ocurrido una idea —contestó Jennyck pensativamente.

—¿Que trata de...?

—Volver a Guildham, aunque sea a pie, y ver qué hay ahora donde dentro de sesenta y cinco o setenta años estará la casa de su abuelo, que es donde vivo yo ahora.

—¿Cree que obtendrá algún resultado, Joe?

—Bueno, me parece que tenemos que probar, no nos queda otro remedio.

—Si usted lo dice... —suspiró ella.

El viejo automóvil se había parado a doscientos metros más adelante. Su conductor, un individuo de unos cuarenta años, con aire de granjero, examinaba el motor con aire perplejo.

—Se le ha averiado y no sabe cómo repararlo —dijo Rhoda.

—Tal vez yo pueda echarle una mano —sugirió Jennyck.

Corrieron un poco y alcanzaron el vehículo, situándose junto al granjero, cuya perplejidad ante la inopinada parada del motor no parecía haber disminuido.

—¿Qué es lo que tiene, Joe? —preguntó Rhoda.

—¿De qué me sirve saber la avería, si no puedo repararla? Este pobre hombre no entiende de motores en absoluto. Lo único que le pasa es que se le ha soltado un cable del distribuidor y él no sabe verlo,

Rhoda se puso una mano en torno a la boca a modo de bocina y lanzó un fuerte grito:

—Es el distribuidor. ¡Se ha soltado uno de los cables!

El granjero no dio muestras de haber oído a la muchacha. Furioso, asestó una patada a la rueda.

—¿De veras no puede hacer nada, Joe? —preguntó Rhoda.

Jennyck reflexionó unos momentos. De pronto, se registró los bolsillos y sacó una agenda y un lápiz. Escribió algo en una hoja, la arrancó y luego la lanzó al aire.

La hoja de papel revoloteó un poco y fue a caer en el motor. El granjero alargó la mano y la cogió.

Leyó lo que había escrito en el papel y miró a todas partes con

expresión supersticiosa.

—¡La hoja se ha materializado, Joe! —exclamó la muchacha.

—Sí, es cierto —convino Jennyck pensativamente, mientras el granjero hacía el empalme en el cable suelto—. Pero no entiendo por qué ha podido ocurrir una cosa semejante.

El granjero terminó la reparación. Se puso ante el motor y dio varias vueltas a la manivela, hasta que el motor empezó a funcionar rítmica y satisfactoriamente de nuevo.

Entonces vio a la pareja y sonrió.

—Hola, amigos —dijo—. ¿Son ustedes los que me indicaron dónde estaba la avería de este cacharro?

* * *

Jennyck y Rhoda se quedaron atónitos.

El granjero les veía. ¡Se habían materializado!

—Sí... he... he sido yo... —dijo Jennyck—. Le vimos en apuros y se... se me ocurrió hacérselo saber por escrito... Me pareció que sería extranjero y que tendría dificultades para entendernos verbalmente...

—Nada de eso, amigos —dijo el granjero—. He nacido aquí y no tengo nada de extranjero. Antes les vi y luego se escondieron. ¿Están jugando al escondite, acaso?

Rhoda no sabía qué decir. En cuanto a Jennyck, todavía no había salido de su perplejidad.

—No, simplemente nos echamos a un lado para dejarle paso —contestó.

—Es curioso —dijo el hombre—. Antes, cuando les vi por primera vez, se me aparecieron de pronto... y luego desaparecieron. Después estaban aquí y no supe verles... Bueno, la verdad es que yo soy bastante distraído —añadió riendo—. Me llamo Jack Foreman —se presentó.

—Rhoda Balms —dijo el profesor—. Yo soy Joe A. Jennyck.

—Forasteros, claro.

—Sí, por supuesto, señor Foreman. ¿Va usted a Guildham?

—No, me quedo a cinco kilómetros, pero si quieren, puedo llevarles.

—Se lo agradeceremos mucho —dijo Rhoda.

Foreman la miró un instante. Los ropajes de la chica le extrañaban, pero no hizo el menor comentario.

—Bien, entonces, arriba —dijo.

La pareja se sentó en el asiento posterior. Foreman se situó tras el volante y arrancó.

Veinte minutos más tarde, se detenía en una encrucijada.

—Guildham está en esa dirección —indicó—. Cuestión de una hora a

pie.

—Gracias, señor Foreman —dijo —Jennyck.

El automóvil arrancó en dirección Norte. La pareja permaneció unos momentos inmóvil. Foreman volvió la cabeza cien metros más adelante y se quedó bastante asombrado de no ver ya a los dos jóvenes.

—Sí que corren —murmuró, un tanto asombrado.

Pero Jennyck y Rhoda no habían andado todavía veinte pasos.

—Hay algo que no entiendo —dijo la muchacha—. ¿Cómo es posible que nos hayamos situado en el mismo plano temporal de Foreman?

Jennyck estaba cavilando sobre el mismo tema.

—No hay más que una explicación posible —dijo al cabo de unos minutos, cuando ya habían recorrido dos o tres centenares de metros.

—¿Sí, Joe?

—La batería del coche.

—¿La batería?

—En efecto —afirmó Jennyck—. Cuando lancé el papel, al caer, entró en el motor y, por tanto, dentro de lo que podríamos llamar campo de influencia de la batería. No olvidemos que una batería está descargando continuamente electricidad, aunque no funcione. Ciertamente, es una descarga mínima, pero no inexistente.

—Voy comprendiendo, Joe. Siga —invitó la chica.

—Luego, al poner el motor en marcha, la batería amplió su campo de influencia y nosotros quedamos envueltos en él. Por eso pasamos a su misma dimensión. De alguna manera, la electricidad generada por la batería del coche coincide, por decirlo así, con la que se desprende de nuestros cuerpos situados en otra dimensión distinta, y ello nos hace visibles. No olvide que Foreman nos vio la primera vez y dio la sensación de que nos habíamos aparecido de repente ante él.

—Claro —dijo Rhoda—. Cuando pasó el coche, quedamos unos instantes envueltos en ese campo de influencia y nos hicimos visibles. Luego, al continuar su marcha, desaparecimos... y volvimos a aparecer al arrancar de nuevo el motor.

—Exactamente —concordó el joven—. Eso ha sucedido... pero no me diga por qué.

—Oiga, Joe —exclamó ella—, ¿y no sería posible aprovechar este descubrimiento para abrir la puerta de la cámara desde afuera?

Jennyck miró a la muchacha y sonrió.

—¿Por qué piensa lo mismo que pensaba yo? —preguntó.

El pueblo estaba dormido. Jennyck y Rhoda avanzaron cautelosamente por la calle mayor, hasta detenerse ante una casa donde se vendían, entre otras cosas, repuestos para automóviles.

—No ha cambiado Guildham mucho en setenta años —comentó la

muchacha.

—Estos pueblos son muy tranquilos y de una vida más bien vegetativa —contestó él. Se acercó a la puerta de la tienda y tanteó el pomo—. Está cerrada con llave.

—Oiga, tendríamos que atravesar las paredes como los fantasmas —dijo Rhoda.

—No, cuando estamos bajo la influencia de unos generadores de electricidad. Recuerde que ahí dentro hay almacenadas unas cuantas baterías de automóvil.

—Sí, es verdad.

Jennyck se acercó a una de las ventanas de la tienda y tanteó con las manos. El bastidor se elevó fácilmente.

—En Guildham y hace setenta años, la gente era repulsivamente honrada —comentó, a la vez que se metía por la ventana.

Un farol cercano les permitió orientarse dentro de la tienda. Jennyck eligió unos alicates, un rollo de cable eléctrico, cosas ambas que entregó a la muchacha, y una batería de automóvil, que cargó él.

—No se separe de mí, Rhoda —aconsejó.

—Conforme, Joe.

Salieron a la calle y se dirigieron hacia la loma donde estaba emplazada la casa del profesor Lowson. Al llegar a ella, vieron que el suelo estaba liso, salvo las hierbas que crecían libremente por aquellos parajes.

—¡No está la casa! —exclamó Rhoda, asombrada.

—Claro; debieron de construirla hace treinta años... es decir, dentro de unos cuarenta —contestó él.

Depositó la batería en el suelo y empezó a manipular con el cable eléctrico, haciendo dos empalmes en los bornes. Luego enrolló los dos trozos de cable en espiral, dejando que cada una tuviese una longitud apenas superior al metro. Al terminar, cogió la batería con la mano izquierda, sujetándola con la cadera, y agarró el extremo de uno de los cables con la derecha.

—Usted el otro, Rhoda.

Ella obedeció. La luna estaba en creciente y permitía ver bien los detalles del contorno.

Jennyck echó a andar muy lentamente, sin perder de vista cuando le rodeaba. De cuando en cuando, acercaba el extremo de su cable al que sostenía la muchacha y provocaba una pequeña descarga eléctrica, que se traducía en un ligero chispazo.

Dieron una vuelta completa a la loma. Jennyck procuró orientarse, situándose de modo que su mirada se dirigiera al pueblo, tal como si se hallara con la cara fija a la parte posterior de la casa, donde estaba situada la cámara de su máquina de traslación espaciotemporal.

—Creo que ha llegado el momento de hacer la última prueba —murmuró.

Y reanudó el avance.

Rhoda le seguía, pegada a su costado izquierdo, sin mover la mano con que sostenía el cable. Ahora, los contactos de los dos polos eran cada vez más frecuentes.

De repente, dejaron de pisar un suelo herboso.

Jennyck notó bajo sus plantas un pavimento duro y liso.

Miró a su alrededor. La luna, las estrellas y el paisaje habían desaparecido.

Un grito se escapó de su garganta.

—¡Rhoda, ya estamos en la cámara!

CAPÍTULO XII

Rhoda sollozó de alegría.

—Hemos vuelto a nuestra época —dijo, tremendamente excitada.

—Sí, pero aún no estamos dentro del todo —contestó él—. Escuche, voy a dejar la batería en el suelo. Suelte el cable.

Ella obedeció. Jennyck sacó fósforos y encendió uno.

—Sí, estamos en la cámara —corroboró—. Ahora viene lo más difícil, Rhoda..

—Entrar —dijo ella.

—Justamente. —Le entregó la caja de fósforos—. Vaya encendiéndolos a medida que se lo indique.

Rhoda obedeció. De pronto, vio un papel en el suelo.

—Joe, un mensaje —exclamó.

Jennyck tomó el papel y leyó:

Nuestras coordenadas son:

Tiempo, 22 agosto 1611.

Lugar, Four Hills Road

¡Socorro!

Ella miró a Jennyck excitadamente.

—Han estado aquí otra vez, han vuelto a estar —dijo—. Tenemos que socorrerles, Joe.

—Cálmese, muchacha —sonrió él —. Ahora ya tengo la solución del caso. Ellos han llegado aquí, pero no han podido pasar de la cámara, seguramente por un defecto de construcción del control remoto que sin duda fabricó su abuelo. Si mi plan no tiene éxito de una forma, idearemos otra... aunque creo que resultará. Encienda otra cerilla, por favor.

Rhoda obedeció. Jennyck acercó la batería a la puerta y juntó los dos extremos de los cables.

Hubo un fuerte chispazo, sonó un seco estallido y la puerta empezó a girar lentamente por sí sola.

El laboratorio estaba iluminado. Rhoda lanzó un fuerte suspiro de alivio.

—¡Lo consiguió!

Jennyck recogió la batería y pasó al laboratorio, detrás de la muchacha.

Ella, todavía muy nerviosa, quiso conocer su plan.

—Su padre y el doctor Lowson volverán para ver si el mensaje ha tenido respuesta —dijo él—. Entonces se encontrarán con la batería y una indicación escrita de la forma en que han de manejarla.

—Entiendo —dijo Rhoda, con los ojos muy brillantes—. ¿Cuándo lo hará?

—Primero quiero hacer una prueba —respondió él, con aspecto de concentración interior—. No me gustaría darles la solución y que luego no pudieran conseguir sus propósitos.

Se llevó la batería a una mesa y buscó un amperímetro. La aguja permaneció quieta.

—Lo que me figuraba. Ha perdido toda su carga —dijo.

—Entonces, ¿no podrán entrar? —exclamó Rhoda, decepcionada.

—Querida, usted tiene coche, yo tengo coche... disponemos, por lo menos, de dos baterías con carga suficiente para una sola vez, que es lo que interesa.

Ella le contempló admirada.

—Piensa usted en todo —dijo.

Jennyck sonrió.

—Espere aquí —dijo.

Se encaminó hacia la puerta y la abrió. Un segundo después, retrocedía vivamente.

—Corra, escóndase, Rhoda —dijo a media voz.

Le indicó una gran mesa, con cajones, al otro lado de la cual se situaron ambos, justo en el momento en que el ama de llaves entraba en el laboratorio.

* * *

La puerta de la cámara de traslación espaciotemporal se abrió y un agotado Jules Rivers apareció ante los ojos de Jennyck y Rhoda. Molly le contempló con interés.

—¿Nada? —preguntó.

—Nada —contestó Jules—. ¡Uf, estoy agotado! ¿No tienes por ahí algo para darme de comer?

—En la cocina hay —contestó ella—. Jules, ¿qué podemos hacer para encontrar ese maldito tesoro?

—Sólo hay una solución —contestó el hombre—: ir a Kempstead Valley y demoler la casa. No se me ocurre nada más.

Molly se mordió los labios.

—Tendremos que hacer algo —dijo—. Ya estoy más que harta de desempeñar este papel, Jules. He esperado cinco años, pero me siento

cansada de llevar peluca y máscara.

—Ahora puedes quitártela —sonrió Jules—. Ellos ya no están en la casa.

—Sí, tienes razón.

. La verdadera faz del ama de llaves quedó al descubierto. Rhoda tuvo que contener un grito de asombro al ver la cara de Molly Davis.

—Vamos —dijo Jules—. Tengo hambre.

El laboratorio quedó a solas nuevamente. Jennyck y Rhoda se incorporaron y se contemplaron en silencio durante unos segundos.

—Por la expresión de su cara, deduzco que conoce a Molly Davis —dijo él.

—Sí, aunque entonces usaba el apellido Braxton. Era la secretaria personal de mi padre.

—Eso explica por qué entró en conocimiento de la existencia del tesoro. Y al verla aquí, en Guildham, receló que viniese a hacerle la competencia y empezó a quitar estorbos de en medio, ayudada por sus sobrinos.

—Que no tienen nada de tal —dijo Rhoda—. ¿Qué piensa hacer con ellos? ¿Llamará al jefe McKint?

Jennyck reflexionó unos momentos. Luego dijo:

—Primero, vamos a preparar todo para la vuelta de su padre y del doctor Lowson. Esto es lo más urgente, Rhoda.

—Sí, es verdad.

Jennyck esperó a que reinara el silencio en la casa para salir y traer una de las baterías de que disponían. Mientras, Rhoda había escrito el mensaje con las instrucciones para su uso.

Poco después, tenían todo listo. Jennyck dejó la batería en la cámara y Rhoda colocó el papel a un lado.

—Mientras tanto, y por si no se le ocurre volver por aquí, yo continuaré mis trabajos para concluir el localizador de coordenadas geográficas —dijo él una vez hubo terminado—. Pero eso será mañana; hoy estoy muy cansado, Rhoda.

—Yo también —convino ella, con un profundo suspiro.

—Procure no hacer ruido para no despertar a Molly —aconsejó él.

—Buen chasco se llevarán mañana —comentó la chica—. ¿Qué hará usted?

Jennyck se lo explicó y Rhoda se mostró de acuerdo.

—Sí, es una buena idea —concordó, dirigiéndole una brillante sonrisa.

* * *

Silbando alegremente, Jennyck bajó a la mañana siguiente de su

dormitorio y, antes de encaminarse al laboratorio, se asomó a la cocina.

—¡Buenos días, señora Davis! ¡El desayuno, por favor!

Molly se quedó helada de asombro.

Fingiendo no reparar en su expresión de pasmo, Jennyck continuó su camino. Medio minuto más tarde, Rhoda se asomó también a la cocina y formuló análoga petición.

—Desayunaré con el profesor en el laboratorio —dijo sonriendo.

Molly seguía aún sin fuerzas para hablar. Rhoda siguió andando y se reunió con Jennyck.

—Buenos días, Joe —saludó en voz alta—. ¿Ha descansado bien?

—No puedo quejarme. Fue una excursión muy bonita, ¿verdad?

—Sí, es cierto. ¿Cuándo iremos a Kempstead Valley, Joe?

—Oh, ahora que ya sabemos dónde está el tesoro, ¿qué prisa tenemos? Mi trabajo, por ahora, es más importante, Rhoda.

—Un tipo astuto el viejo Reese. Mira que esconderlo bajo el ángulo derecho de la base de la chimenea... ¿A quién se le iba a ocurrir mirar en aquel sitio?

—Claro, a nadie —sonrió Jennyck—. El viejo Reese era un hombre sumamente ingenioso. El mecanismo de apertura de la losa es perfecto. Una simple presión de un lado y «¡clack!», el tesoro en la mano. Pero no tenemos prisa, ¿verdad?

—Por supuesto, Joe. La lástima es que no pudiéramos traérnoslo entonces, cuando Reese lo escondió bajo la losa.

—No habría resultado prudente, Rhoda. A mi entender, el viejo Reese era de la clase de tipo que gustaba de contar su dinero casi a diario. Ya sabe, la estampa clásica del avaro cuya única felicidad consiste en contemplar la arqueta llena de monedas de oro.

—Es verdad. ¡Menudo escándalo habría armado Reese de echarlo en falta!

—Por otra parte, hay que tener en cuenta que, de habérnoslo traído, hubiéramos podido influir, tal vez, en el futuro de las personas. La actuación de Reese, al faltarle su tesoro, habría sido muy distinta...

—Es decir, que hubiéramos alterado el ritmo de su existencia —dijo Rhoda.

—Exactamente. Pero ahora el tesoro está allí y en nuestra época. Por lo tanto, cuando vayamos a recogerlo, no alteraremos la línea vital de ninguna persona.

—Me parece muy bien —sonrió la chica —. Sabiendo dónde está, es como si lo tuviéramos en la mano.

—Exactamente, Rhoda.

Los dos jóvenes hablaban junto al tablero de dibujo, de espaldas al objetivo de la cámara. Ambos estaban seguros de que eran objeto de una

atenta observación por parte de Molly Davis.

El ama de llaves compareció un cuarto de hora más tarde, con una bandeja en las manos.

—Los desayunos —anunció.

—Muchas gracias, Molly —sonrió Jennyck—. ¡Hum, esto tiene un aspecto muy apetitoso! ¿No le parece, Rhoda?

—Con el hambre que tengo, un pedrusco me parecería apetitoso —dijo ella, riendo.

Molly carraspeó.

—¿Profesor...?

—Sí, señora Davis —contestó Jennyck.

—Tengo precisión de salir. ¿Le importa?

—En absoluto, señora Davis. Hago lo que mejor le parezca.

—El refrigerador está lleno —indicó Molly.

—Si tarda, yo me encargaré de preparar la comida —terció Rhoda.

—Es usted muy amable, señorita Balms —dijo el ama de llaves—. Gracias, profesor.

La mujer se alejó. Jennyck y Rhoda cambiaron una mirada de complicidad. Ella quiso hablar, pero Jennyck se puso un dedo en los labios.

A los pocos minutos, oyeron ruido de un automóvil que corría a toda velocidad. Jennyck estaba ya en la ventana del salón y se volvió hacia la muchacha.

—Ahora va a buscar a Jules —dijo.

—Ha salido todo tal como esperaba usted —sonrió Rhoda.

—Me figuré que se asombraría al vernos de nuevo.. Lo lógico era que escuchase nuestra conversación por el televisor.

—Y ha picado.

—Allí va la prueba —contestó él, señalando hacia el automóvil que corría raudamente hacia el pueblo—. Ahora sólo falta el último acto de la obra.

Se acercó al teléfono y marcó un número. Instantes después, oyó una voz al otro lado de la línea:

—Habla el jefe McKint:

—Soy el profesor Jennyck. Tengo que darle una noticia, jefe.

—Adelante, profesor. ¿De qué se trata?

—¿Le gustaría atrapar al asesino de, por lo menos, Jeremy Pickett?

Hubo un momento de silencio. Luego, McKint dijo:

—¿Habla usted en serio, profesor?

—Este es un asunto con el cual no me gustaría bromear —respondió Jennyck.

—Bien, en tal caso espéreme ahí. Estaré con usted dentro de diez minutos.

Jennyck colgó el teléfono y miró a la muchacha sonriendo.

—McKint va a venir en seguida —dijo.

—Entonces, lo mejor será que terminemos el desayuno —propuso Rhoda—. Nos espera otro día movido y estoy como si no hubiera comido nada en veinticuatro horas.

—Es usted muy prosaica, Rhoda.

—Práctica, Joe —contestó ella con deliciosa sonrisa.

CAPÍTULO XIII

El automóvil se detuvo a pocos pasos de las ruinas ennegrecidas. Molly y Jules contemplaron con asombro aquel montón de maderos quemados, de los que sobresalía la estructura de piedra de la chimenea.

—Ardió la casa —dijo él, atónito.

—Y eso, ¿qué importa? —exclamó Molly, impaciente—. El tesoro está debajo de la chimenea y eso es lo interesante. ¡Vamos!

Saltaron del coche y avanzaron entre las ruinas, sorteando los maderos calcinados que no habían ardido del todo.

—No me explicó cómo ha podido suceder tal cosa —dijo Jules—. La última vez que lo vi estaba la casa intacta.

—Porque la viste antes de que ardiera —contestó ella—. Mira, ahí está la chimenea.

Jules caminó dos o tres pasos más y apartó con las manos un par de maderos ennegrecidos. Luego, con visible repugnancia, se arrodilló en el suelo cubierto de cenizas.

—Esta debe de ser —dijo, señalando una losa.

—Vamos, busca el resorte de apertura —pidió ella con impaciencia.

Jules tanteó con las manos en la losa. De pronto, se oyó un ligero chasquido y la losa giró a un lado, dejando un negro hueco de casi cincuenta centímetros de profundidad, por sesenta de lado.

—¡Ahí está! —gritó Molly.

—¿Qué es lo que está aquí? —gruñó Jules—. ¡No hay más que cenizas!

Molly lanzó un furioso aullido.

—¡No me engañes, Jules!

—Míralo tú mismo, estúpida —contestó el hombre de mal talante.

Molly dio dos pasos y contempló el hoyo que había quedado al descubierto.

—Cenizas —repitió—. Esa pareja se nos ha adelantado, Jules.

El hombre permanecía callado, tirándose pensativamente de los labios.

—No, Molly —contestó al cabo—, no han llegado antes que nosotros. Simplemente, el calor carbonizó los billetes.

—Pero estarían en alguna caja...

—De madera. Mira los herrajes. Han resistido perfectamente, pero aun así, el calor carbonizó todo lo que no era metal.

—Hemos perdido el tiempo —dijo—. Cinco años perdido en vano...

Jules se puso en pie, limpiándose maquinalmente la rodilleras de los pantalones.

—Lo siento, nena —replicó—. Tú has perdido cinco años, pero yo no estoy dispuesto a perder algo más. Recuerda al viejo Pickett. Si me atrapan me cuelgan, ¿entiendes?

—Entonces, ¿te marchas?

Jules hizo un gesto de indiferencia.

—Nena, aquí no tenemos ya nada que hacer —dijo—. En cierto modo, me he divertido, pero no voy a perder más tiempo buscando un tesoro que ya no está.

Molly llevaba un bolso de cuero colgado del hombro por una correa. Con gesto iracundo metió la mano dentro.

—Te quedarás aquí —dijo—. Pase lo que pase, tienes que retroceder en el tiempo y encontrar el tesoro antes de que se queme.

—Molly, no tengo ganas de hacer otro viajecito semejante. He hecho dos y no quiero repetir la experiencia. ¿Estamos?

—Desde luego, Jules Rivers, le aseguro que no hará ese viaje, sino otro y a un punto muy distinto —sonó una voz repentinamente.

Los dos cómplices volvieron la cabeza. Pete McKint, el jefe de policía de Guildham, estaba ante ellos, con un revólver en la mano.

* * *

Jules se puso a temblar.

—Ha... ha usado la máquina...—balbució.

—Nada de máquina —intervino Jennyck, asomando la cabeza y los hombros a diez pasos de distancia—. Simplemente, estábamos escondidos en el sótano de la casa.

Terminó de salir y dio su mano a Rhoda para ayudarla a remontar los últimos peldaños de la escalera, cubierta de restos del incendió. Molly y Jules parecían petrificados.

—Señor Rivers —dijo McKint—, le acuso de la muerte de Jeremy Pickett. En cuanto a usted, señora Davis, cuyo verdadero apellido es Braxton, la acusación es de haber sobornado a Rod O’Doole para que asesinara a Hannah Troy.

—No le sobornó, le convenció... apareciéndosele bajo su verdadera personalidad —dijo Jennyck—. ¿Me equivoco, Molly?

La mujer continuaba callada. Jennyck sonrió.

—Puede quitarse la peluca y la máscara con las cuales ha estado engañando a todo el mundo durante cinco años —continuó—. Cinco años, además, de valiosas experiencias para usted y de adquisición de ciertos conocimientos que antes de concebir sus planes no habría soñado en poseer. Porque, vamos a ver, de otro modo, ¿cómo se comprende la instalación del circuito cerrado de televisión por medio del cual espiaba

usted todo cuanto yo hacía en el laboratorio?

—De modo que lo sabe —dijo Molly.

—¿Por qué se cree que estamos aquí? —respondió Jennyck.

—Nos han engañado, Molly —dijo Jules quejumbrosamente.

—¿Qué esperaban, después de lo que hicieron con nosotros? —exclamó el profesor—. Pero usted, Molly, no ha sabido manejar nunca bien la máquina; de otro modo, no se concibe que nos transportara desde Kempstead Valley a mi casa al intentar enviar a Jules a un lugar donde pudiera encontrar el supuesto tesoro. Naturalmente, cuando nos vieron en la cámara, no se les ocurrió otra cosa que... enviarnos al infierno, como usted misma dijo en aquella ocasión. Pero hemos vuelto, Molly.

Ella tenía los labios prietos. Sus ojos despedían un demencial brillo de furia.

—Y no hemos conseguido el tesoro —se lamentó Jules—. Tantos esfuerzos, para nada...

—Para conseguir un puñado de cenizas —sonrió Jennyck—. En el momento en que Molly hacía funcionar la máquina, cayó un rayo en la casa. A pesar de la lluvia, el fuego se propagó a todas partes y el edificio ardió hasta los cimientos, sobre todo, porque dejó de llover muy pronto. Era una simple tormenta veraniega.

—El calor del incendio, si bien no afectó directamente al escondite, fue lo suficientemente fuerte para carbonizar el... tesoro —intervino Rhoda.

—Bien —dijo McKint—, creo que esto lo aclara todo. Rivers, extienda sus manos.

McKint avanzó un paso hacia Jules. Éste retrocedió y sacó su pistola.

Rhoda chilló. El jefe McKint lanzó una maldición.

Pero tenía su revólver en la mano. Apretó el gatillo dos veces y Jules se desplomó fulminado.

Rhoda volvió la vista a un lado. Molly lanzó un rugido de rabia.

—¡A mí no me cogerán!

Jennyck se dio cuenta de que la mujer tenía la mano metida en el bolso.

—¡Cuidado, McKint; lleva un arma! —gritó.

—¡Alto, señora! —ordenó el policía—. ¡Levante las manos!

Una burlona sonrisa se formó en los labios de la mujer.

—¡Estúpido! ¿Me cree tan tonta como para emplear un procedimiento tan atrasado?

Su cuerpo perdió consistencia repentinamente y empezaron a verse los objetos a su través. Jennyck comprendió en el acto lo que sucedía.

—¡Se marcha!

Molly dijo algo, pero ya no se podía oír su voz. De súbito, dejó de verse y desapareció totalmente, como si jamás hubiera existido.

McKint emitió un juramento.

—Nos ha dado esquinazo —gruñó.

—Pero... ¿cómo...? —dijo Rhoda, aturdida.

Jennyck hizo un movimiento con la cabeza.

—Ha resultado ser más lista de lo que creíamos —explicó—. Llevaba en el bolso un control remoto de la máquina y se ha trasladado a otra época y quién sabe si también a otro lugar.

—¿No puede localizarla por la máquina? —preguntó Rhoda.

—Por ahora, sólo en la época... Es decir, puedo averiguar en qué año se encuentra actualmente, pero nada más. Mientras no tenga el localizador de coordenadas geográficas, estoy impotente para hacer nada.

—A mí me parece que Molly no tuvo nunca intenciones de repartir su tesoro con Jules —dijo la chica—. Simplemente, se lo trajo aquí para que le ayudara a buscarlo. Recuerden que casi todo el tiempo tuvo la mano metida en el bolso.

—Es muy probable que pensara así —convino Jennyck pensativamente.

—Ahora, lo que tiene que hacer usted es localizar a esa fulana —rezongó McKint—. No olvidemos que es cómplice de dos asesinatos... autora moral, mejor dicho. Tiene que pagar sus culpas, profesor.

—Haré todo lo que pueda, jefe. Sólo le pido una cosa.

—Diga, profesor.

—Sea discreto, McKint. No divulgue nada de mis trabajos.

—Descuide —contestó el policía —. ¿Quién me creería, además? —añadió.

Lanzó una mirada al cadáver.

—Tendré que enviar a recogerlo —dijo.

—Usted puede volver en el coche de ellos —indicó Jennyck —. Nosotros regresaremos en el de la señorita Balms.

—Conforme.

Jennyck y Rhoda se dirigieron hacia el auto. Al sentarse tras el volante, ella preguntó:

—¿Qué hará usted ahora, Joe?

—Concluir mis trabajos. Interesa que Molly pague sus crímenes, pero más aún interesa rescatar a su padre y al doctor Lowson.

* * *

Llegaron a casa. Lo primero que hizo Jennyck fue abrir la puerta de la cámara.

La batería y el papel con las instrucciones continuaban en el mismo sitio.

—¡Al trabajo! —exclamó, sin desanimarse por la pobreza de su resultado.

—Yo también tengo trabajo —sonrió Rhoda—. Darle de comer a usted.

—No es mala tarea —contestó él, sonriendo también.

Se acercó al tablero y contempló los diseños que había trazado en los últimos días. De repente, se oyó un alarido que parecía descender del cielo.

Jennyck y Rhoda se miraron aprensivamente. Antes de que pudieran hallar una explicación para tan raro fenómeno, se escuchó un terrible estruendo.

Luego sobrevino un penoso silencio. Bruscamente, Jennyck se lanzó hacia la puerta de la cámara y la abrió.

Retrocedió. El cuerpo de Molly, horriblemente destrozado, yacía en el suelo, con todo el aspecto de haber caído desde una enorme altura.

Jennyck cerró prestamente.

—No mire, Rhoda —aconsejó.

Ella hizo un signo de asentimiento.

—¿Molly?

—Sí. Fracasó —respondió Jennyck. Y en aquella escueta contestación se encerraba la explicación de lo sucedido.

CAPÍTULO XIV

—No sabía manejar bien el aparato de control remoto —dijo Jennyck, mientras daba los últimos golpes de destornillador—. Indudablemente, perdió el control de traslación en el espacio y ascendió a gran altura, moviéndose en otra dimensión, como nos pasó a nosotros. Luego, al querer regresar... lo hizo demasiado aprisa y murió como si se hubiese caído de un avión desde más de mil metros de altura.

Rhoda aprobó con un movimiento de cabeza. Jennyck seguía dándole al destornillador.

—Pero todavía queda un culpable —añadió Jennyck sorprendentemente—. Rhoda, ¿quiere llamar a McKint?

Ella se asombró.

—¿Quién es ese culpable? —preguntó.

—Llame al jefe de policía —dijo Jennyck, con una sonrisa enigmática—. Lo necesitaremos. Dígale simplemente que todo está listo.

—Muy bien, como diga, Joe.

Rhoda se acercó al teléfono. Jennyck dejó el destornillador a un lado y contempló su obra con aire satisfecho.

—McKint vendrá en seguida —anunció Rhoda a los pocos momentos.

Contempló el aparato.

—¿Funcionará? —inquirió con expresión dubitativa.

—Para eso he trabajado día y noche durante la semana —contestó él. Y sugirió—: ¿Por qué no prepara un poco de café?

Rhoda se dirigió a la cocina. Entonces, Jennyck, rápidamente, hizo funcionar la máquina, tras señalar en ella las coordenadas de tiempo y de espacio.

Luego se acercó a la puerta de la cámara. Inspiró con fuerza.

¿Daría resultado?

Abrió. Alguien juró vigorosamente.

—¡Vamos, aprisa, suegro!

Dos hombres irrumpieron en el laboratorio. Tenían el pelo muy largo y la barba crecida y se cubrían con pieles sin curtir. Perry Balms exclamó:

—¡Por fin ha funcionado ese maldito artefacto!

Y miró al joven.

—Usted debe de ser el ayudante de mi suegro —dijo.

—En efecto, señor Balms —sonrió Jennyck.

—Hola, Joe —dijo el doctor Lowson—. Gracias por habernos traído.

—Les dejé un mensaje para que pudieran abrir la puerta desde el otro

lado —dijo Jennyck.

—Usted no sabe qué vida tan aperreada hemos llevado durante estos cinco años —mascullό el padre de Rhoda—. La región está infectada de indios feroces y continuamente teníamos que ir de un sitio para otro...

—¿No funcionaba su control remoto, doctor? —preguntó Jennyck.

—Se estropeó casi el primer día y todos los esfuerzos que hice para repararlos fueron inútiles —explicó Lowson—. A lo más que llegábamos era situarnos en la cámara, pero no pasábamos de ahí.

—Y, claro, en cuanto nos volvíamos, teníamos que escondernos en seguida —añadió Balms.

—En resumen, que no consiguieron encontrar el tesoro de Reese.

—No. Pero ahora iremos a buscarlo...

—Olvídelo, señor Balms. Ya no existe. Eran bonos al portador, de la emisión de mil novecientos catorce, ¿no es cierto?

—Sí, dos millones —contestó el padre de Rhoda—. Y no han caducado todavía...

—Aparte de que esos bonos, tendrían dueño, si estuviesen en buen estado, resulta que no son aprovechables en modo alguno. Ya no son más que un puñado de cenizas... que el viento se llevó —concluyó Jennyck, sin poder contener la ironía.

Balms se quedó con la boca abierta.

—¿Es cierto lo que dice?

—Sí. El dueño lo sería yo, pero ardieron con la casa de Four Hills Road o Kempstead Valley, como se denominó más tarde. Esa propiedad es mía, puesto que soy el único heredero legal de todos los bienes de Reese.

—Increíble —dijo Balms.

—¿Cómo conoció usted la existencia de esos bonos?

—Me lo dijo un viejo corredor de bolsa, que había sido el que los negoció para Reese. Mi amigo suponía que Reese, a quien conocía bien, debía de haberlos escondido en alguna parte de su vieja casa.

—Y usted debió de comentar que esos bonos eran un tesoro, ¿verdad? —sonrió Jennyck—. Acaso también lo oyó Molly Braxton, su hermosa secretaria.

—Me siento aturdido —dijo Balms—. ¿Cómo sabe usted tantas cosas, Jennyck?

El joven sonrió.

—Luego se lo explicaré —contestó. Y, en aquel momento, se oyó un tremendo estrépito.

—¡Papá! —gritó Rhoda —. ¡Abuelo!

La sorpresa había quitado fuerzas de las manos de la muchacha y la bandeja que portaba había caído al suelo con todos los cacharros.

—¿Qué haces tú aquí, hija? —preguntó Balms.

Jennyck le empujó suavemente con una mano.

—Vayan con ella —dijo—. Necesitan que les atienda.

Rhoda miró a Jennyck con ojos húmedos.

—Gracias por haberlos rescatados, Joe —dijo sencillamente.

—Déles de comer: Están hambrientos —indicó él.

* * *

—Hola, profesor —saludó Pete McKint, mientras cruzaba la puerta del laboratorio—. Creo que tiene noticias para mí.

Jennyck encendió un cigarrillo con aire intrascendente.

—Sí, jefe —contestó—. Se trata del último culpable.

—Interesante —murmuró McKint, entrecerrando los ojos—. ¿Quién es?

—Usted.

Hubo un momento de silencio. McKint, aunque inmóvil, respiraba con fuerza.

—De modo que lo ha averiguado —dijo.

—Sí. Usted mató a O'Doole... después de haber disparado dos veces contra él y después de que el médico de Guildham asegurara que se recobraría. Fue a casa del médico a la madrugada y le puso una almohada sobre la cara. La muerte sobrevino por asfixia. No le interesaba que O'Doole hablase en público, ¿verdad? No le convenía que dijera que había querido entregarse y que usted no quiso aceptar su rendición. ¿Me equivoco?

McKint miraba al joven malévolamente.

—Se dejó seducir por Molly Braxton, como le pasó a O'Doole —añadió Jennyck—. Molly no quería dejar ningún cabo sin atar. Si fallaba uno, tendría el otro... y a los dos Rivers como sus ejecutores personales. En realidad, lo que todos ustedes querían era quedarse el tesoro para sí, engañando a los demás.

McKint sacó el revólver.

—Yo lo conseguiré —dijo—. Usted tiene ya todo listo: me lo ha dicho la chica. Ahora me enviará al sitio en que Reese escondió el tesoro. Esperaré a la noche y me lo llevaré.

—¿Y después?

McKint se quedó parado.

—¿Va a quedarse a vivir en aquella época? —preguntó Jennyck—. ¿O me pedirá que le traiga de nuevo a la suya para disfrutar de los dos millones en bonos del Tesoro norteamericano?

—Me llevaré a la chica —dijo McKint—. Ella será la garantía de que usted me devolverá a esa época. ¡Llámela ahora mismo o le mato, profesor!

—No es mala idea —aprobó Jennyck sin inmutarse. Levantó la voz—: ¡Rhoda, venga, por favor!

La muchacha apareció a los pocos momentos.

—Lo he oído todo —dijo.

—Me lo figuraba —sonrió Jennyck—. Escuche, McKint quiere llevársela.

—Por supuesto —accedió ella tranquilamente.

McKint empezó a retroceder hacia la cámara.

Tanteó con la mano y abrió la puerta.

—Rhoda, usted conmigo —ordenó, ya dentro de la cámara.

Ella avanzó serenamente. De pronto, saltó a un lado y pegó un tremendo empellón a la puerta, que se cerró de golpe.

McKint disparó cuando la puerta giraba, pero la bala chocó contra el metal y rebotó sonoramente. El cierre produjo el estampido de un cañonazo.

Rhoda miró al joven y respiró profundamente.

—Ha salido como lo planeó —dijo.

—Gracias por haberme secundado —sonrió él.

Se acercó a la puerta y la abrió. El cuerpo de McKint yacía en el suelo, en medio de un charco de sangre.

—El disparo, al producirse en el momento del cierre, provocó una conmoción en los dos campos temporales —explicó—. La onda explosiva espacio-temporal le ha matado.

—¿Qué va a hacer usted ahora? —preguntó Rhoda.

—Tim Mortimer, el ayudante que ocupaba su puesto durante sus ausencias, está enterado de lo que ocurría. Le avisaremos para que venga a hacerse cargo del cadáver.

Jennyck cerró la puerta nuevamente.

—Gracias por haberme ayudado —dijo.

Rhoda sonrió.

—Ya me siento mucho mejor —contestó—. Por cierto, tiene una carta de un tal profesor Harrod...

—Ah, sí, le envié una muestra del mango de la espada romana, para que hiciese un análisis de la madera al Carbono 14. Eso nos dirá exactamente su antigüedad... pero ahora hay otra cosa que me importa más, Rhoda.

—¿Cuál, Joe?

Jennyck se acercó a la muchacha y la estrechó entre sus brazos.

—Señor Balms —gritó—; su hija y yo nos vamos a casar.

Miró a Rhoda y sonrió.

—Estarán contemplándonos por la pantalla de televisión, ¿no?

Ella hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, Joe.

—¿Sabes? —dijo él—. He encontrado mi tesoro. Y vale mucho más de dos millones.

Rhoda sonrió dulcemente.

—Me agrada que me consideres como tu tesoro —contestó—. Pero si esa calificación es metafórica, no olvides que Kempstead Valley es algo enteramente real.

—Allí podríamos construir nuestra casa. Es un lugar estupendo para vivir, ¿no te parece?

—Con una condición, Joe.

—Sí, querida.

—No quiero que sigas haciendo más experimentos de esa clase Trabaja en otra cosa, algo que... que no parezca cosa del diablo.

—Con la fórmula 300 he terminado mis experimentos —aseguró él, inclinándose para besarla.

FIN

BOLSILIBROS TORAY

OESTE


ARIZONA
Publicación quincenal. 9 ptas.

HURACÁN
Publicación quincenal. 9 ptas.


RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 9 ptas.

SIOUX
Publicación quincenal. 9 ptas.



SEIS TIROS
Publicación quincenal. 9 ptas.


ESPUELA
Publicación quincenal. 9 ptas.



BEST-SELLERS DEL OESTE Los mejores "westerns" americanos.
Precio: 20 ptas. Publicación quincenal.

GUERRA

HAZAÑAS BÉLICAS Publicación quincenal. 9 ptas.



ANTICIPACIÓN


CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 9 ptas.


ESPACIO
Publicación quincenal. 9 ptas.

ESPIONAJE



Aventuras de dos extraordinarios espías.
9 ptas. Publicación quincenal.


Una selección de autores franceses.
Precio: 30 ptas. Publicación mensual.

POLICÍACO

HURÓN Los maestros europeos de hoy en narraciones de intriga, crímenes, suspense... Precio: 50 ptas. Publicación quincenal.

